



---

[www.senado2010.gob.mx](http://www.senado2010.gob.mx)

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

## Libro segundo

### Capítulo I

La Misión y el Real Presidio  
de Nuestra Señora de Loreto



## *La Misión y el Real Presidio de Nuestra Señora de Loreto*

*...Podéis estar seguros de que la conquista de estos territorios de ultramar fue una injusticia. ¡Os comportáis como los tiranos! Habéis procedido con violencia, lo habéis cubierto todo de sangre y fuego y habéis hecho esclavos, habéis ganado grandes botines y habéis robado la vida y la tierra a unos hombres que vivían aquí pacíficamente...*

*Fray Bartolomé de Las Casas*

**A** sí que se acabó el buceo, el capitán don José de Larreategui subió a llevarme a la Misión y Real Presidio de Nuestra Señora de Loreto, capital de esta península de California.

En llegando a la bahía de San Dionisio dimos fondo en frente de la playa, desde donde se divisaba el Real. De pronto escuchamos salvas y vimos a los españoles e indios de la Misión salir en procesión, con mucho orden que era cosa

de verse; al frente el milanés, seguido del hermano Jaime Bravo y a sus lados tres indios monaguillos entre los que sobresalía un indio viejo portando una cruz de palo; luego seguían los soldados portando una bandera de español antiguo; vestidos de casacones, su sombrero a la española, zapatos llanos, espada ancha y sus adargas pendientes airosamente de sus hombros, algunos con bigotes y todos como hombres de corazón; luego los españoles y las castas.

La procesión de indios, muy lucios, de un lado y las indias decentemente vestidas de otro. Los indios vestían con sus calzones y cotoncillos de sayal o pantalones de paño corriente y levitas largas, estilo polaco y las mujeres traían sus nahuas de bayeta y jubones de franela azul y cubiertas sus cabezas con velos. Dieron una vuelta alrededor del pueblo, girando a la vuelta en el cementerio donde se detuvieron. La procesión era acompañada de solfas y chirimías. Al escuchar las salvas don José de Larreategui dio la orden de responderlas de igual forma, creyendo que nos estaban dando recibimiento, pero estábamos equivocados, pues al desembarcar y ser recibidos por una comitiva de soldados del Real, fuimos informados por uno de los soldados llamado Mugazabal que estaban en los funerales de un niño.

—Sea usted bienvenido don José a está Misión y Presidio, y disculpe su merced que vuestro padre provincial Juan María de Salvatierra no os reciba, pues está asistiendo en estos momentos el entierro de un angelito que acaba de irse al cielo. Vuestro capitán don Esteban Rodríguez ordena que os conduzca a la plaza o si usted nos honra con su presencia en nuestra procesión podéis hacerlos.

Nos unimos a la procesión mientras los indios buzos y los hombres de marinería desembarcaban las mercancías y regalos que don Andrés de Rezabal enviaba de Sinaloa.

—Que conduzcan todo al almacén del Real y esperen ahí hasta mi regreso, ordenó don José. Los indios de la misión que acompañaban al alférez Mugazabal se acomodaron a llevar los fardos de ropa y bastimentos, a su usanza, cargándolos sobre la cabeza.

—Como usted ordene capitán.

Nos unimos a la procesión y al funeral del niño que se enterró esa tarde.

Una india que lloraba desconsolada jalándose de los cabellos y golpeándose fieramente, hasta desangrarse, fue sujeta por los soldados, a una orden del capitán del Presidio.

—Llévenla al patio de guardia y que le den de comer. Las costumbres gentilicias se han de desterrar de este Real.

Un soldado que nos acompañó nos dijo que era ésta una india de la parcialidad de los Guaycuras, traída del puerto de danzantes. Recién había sido desposada por un indio yaqui.

—El angelito murió por la mañana, cuando la india en su desesperación de estar lejos de los suyos y ser primeriza se provocó el aborto.

—Ya el cielo tiene una hueste de californitos con cara de ángel. Dijo convencido el alférez Mugazabal, que más parecía soldado de la Compañía de Jesús que soldado de su majestad; desde su entrada a la California en el año de 1704, siempre profesó su simpatía por la Compañía de Jesús, sirviendo más como sacristán que como soldado. Cuatro años después sería hermano coadjutor, haciendo su

noviciado bajo la férula del padre Ugarte, el Apóstol de la California.

La iglesia era pequeña pero capaz para tanta gente como acudía, muy bien adornada con manteles de lino fino en los altares y muchos de ellos bordados bellamente, algunos en blanco y otros en oro. En el altar mayor se encontraba la Santísima Madona la lauretana vestida de gala. El lujo y la ostentación se hallaban en la iglesia porque todo lo demás era sólo miseria.

El Real que se parecía tan poco a una ciudad, fortín o fortaleza, como una ballena a un búho, se localizaba cerca de un aguaje inmediato a la playa, con casas en cuadrilátero y su plaza en medio: que se compone de las habitaciones del misionero que es un cuadrilátero de adobe revocado de cal con un agujero por donde entraba la luz; el almacén de cuatro paredes, donde se guardaban: tasajo de res, dura como la piedra, sebo, manteca, jabón, azúcar sin clarificar, chocolate, paños, cueros, trigo, maíz, y miríadas de gorgojitos que hacen del almacén su festín; un cobertizo de cañas, que está a distancia de un tiro de carabina, con centinela a la puerta para evitar el hurto de la caballada. En este cobertizo había un cuarto de guardia que al mismo tiempo era cuartel de los soldados solteros, con centinela de noche que a toque de campana anunciaba su desvelo, y dos docenas de barracas o casas de cuartilla, hechas de lodo, que por lo regular se componían de una sola pieza, en ella vivían los soldados, los marineros, los pocos carpinteros y herreros casados y sus familias; la iglesia ocupaba un ala que, en parte, estaba construida de cantera y mezcla: las otras tres alas consistían de seis cuartitos de tres brazas por cada lado, con un agujero para la luz que daba su vista a la arena de la playa o al mar, la sacristía, la cocina y una pequeña tienda, en la que los soldados, mari-

neros, sus mujeres y niños se proveían de hebillas, correas, listones, peines, tabaco, azúcar, manta, zapatos, medias, sombreros, etcétera.

Fuera del Real, hacia el poniente se encontraba el pueblo de indios formado de pequeños jacales con estacadas y cubiertas de lodo con techos de palmas, que se encontraba pasando el arroyo, donde antiguamente tenían su rancharía los Conchó.<sup>66</sup> El terreno era plano y arenoso, teniendo por occidente una gran sierra llamada, desde los tiempos de don Atondo de Antillón, de la Giganta, por su gran tamaño. No tenía manantial alguno a tres leguas al contorno por los cuatro vientos, pues, aunque se llamaba arroyo uno que corría algunas veces en tiempo de aguas, cuando éstas eran abundantes, apenas duraba tres días en su curso, quedando seco lo restante del año. Mas quiso la divina providencia que, ahondando dos varas, se encontrara el agua dulce, de la que se hizo pozo y con la comodidad de estar inmediato al Real.

En el Presidio y Misión de Loreto residía el padre provincial milanés Juan María de Salvatierra y el hermano coadjutor, Jaime Bravo, con el capitán del presidio, los soldados, los marineros y uno que otro artesano llevado para enseñar las artes y oficios de carpintería, herrería y albañilería entre los que se hallaban caleros, canteros, ladrilleros y un maestro del telar para enseñar a los indios las artes y los oficios. La gente española y otras castas, llamadas de razón, no llegaban a cien. De vez en cuando vagaba por las misiones, con el permiso de los padres, un carpintero independiente, que trataba de ganarse algún dinerito de las misiones. Éste llevaba tan poca herramienta de fierro que podía cargarla entre las bolsas de su pantalón. En las

---

<sup>66</sup> Descripción del padre Jacobo Baegert, citado por R.I.C. Bayle, *op. cit.* Introducción.

misiones no circulaba dinero y con excepción de las iglesias no había más plata.

## *Los hijos de los hombres*

**E**n llegando, por las razones ya dichas, me condujeron con el capitán del presidio de las Californias, don Esteban Rodríguez Lorenzo, quien según supe fue elegido por votación secreta, en el año de 1701, por los soldados del presidio, para ocupar la plaza boca que dejase don Antonio Mendoza, segundo capitán que tuvo la California Cristiana. Aunque el padre provincial Juan María de Salvatierra tenía la facultad de elegirle sin ninguna consideración de los demás soldados; sin embargo, quiso que por esta vez el capitán de la California fuese elegido a gusto de todos.

Al dicho capitán, que me pareció cortés y educado, le referí en acta circunstanciada lo sucedido. Me hizo saber a su vez que no tardó mucho en conocerse en la misión mi desgracia y que me daban por muerto. Pero que el agravio había quedado vengado, que para darles un escarmiento por tanta insolencia y para que no volviesen a cometer sus fechorías, dijo citando la Santa Biblia:

—Porque si no se ejecuta enseguida la sentencia para castigar una mala obra, el corazón de los hijos de los hombres se dispone a hacer lo malo. Por ello juzgue llegada la ocasión para hacer unión de armas con mi escuadra de soldados de cuera, los indios flecheros yaquis y los de Loreto Conchó para que se entrase a sangre y fuego por todos los parajes de sus tierras, acudiendo yo en persona, para seguir a los malhechores hasta aprehenderlos y asegurar la balandra.

Esto último no se pudo conseguir por haber sido quemada, sólo encontraron rastros de ropa, algunos aparejos y otras



mercaderías que habían dejado al huir al monte. Dieron con los tres más culpados en el caso, entre ellos el indio bacarí que era el cabecilla de la rebelión. Se encontraban escondidos en una pequeña cueva, muy cerca del estero prohibido. Se les rodeó, no quedando arbitrio a la fuga. Estando acorralados les era forzoso morir o entregarse, y como empecinados que son lucharon hasta que agotadas sus flechas y sus fuerzas hubieron de deponer los arcos en el suelo en señal de rendimiento. Fueron amarrados y como malhechores conducidos al presidio de Loreto, en donde, puestos los grilletes en los pies, los recibieron a empellones y burlas por los indios guaycuras de Conchó y los cochimíes Laymones, enemigos a muerte de ellos. Muy a pesar de la condición miserable en que estaban por huir en los montes tanto tiempo, con falta de alimentos y agua, su insolencia y arrogancia no los abandonaba por más golpes y empellones que se les daban.

El capitán les hizo proceso en público y los condenó a muerte; lo cual se ejecutó en el tiempo extraordinario de lo acostumbrado que se les daba en el caso, para disponerse a morir como cristianos, porque era tanta su insolencia que a pesar de que el padre milanés los conminó a aceptar la Cruz de Cristo, el indio bacarí, que era el motor de todo, dijo con insolencia:

—Primero muerto que ser un apestoso cristiano.

Agradecí al capitán que el agravio a mi honra y fama lo hubiera vengado pero omití, con toda intención, noticiarle que las mercaderías, aparejos, pólvora y el cofre con las perlas obtenidas del buceo y el rescate que habían sido escondidas por los indios dichos en una cueva muy amplia y que obligado por ellos a cargar como una bestia vi que en esa cueva tenían un gran botín de sus pasadas fechorías. Con

está aprehensión no descansé hasta encontrar la forma de recuperar esas riquezas como luego diré.

Fui informado por el capitán que las hostilidades de los indios pericúes de la isla San Joseph a los buzos era una declaración de guerra de muchos años atrás.

En los principios de la conquista, en el año de 1702, el padre Juan de Ugarte hizo una entrada a la isla de San Joseph, tierra de los pericúes de los que fui cautivo, en ocasión de haber hurtado estos una canoa de la misión de Loreto.<sup>67</sup> Fueron a rescatar la canoa que habían ellos hurtado y aunque bastaban los soldados y gentes de mar para el efecto, se determinó que fuese el padre Ugarte con ellos por si acaso los topasen buenos para ver si se podía hacer ingreso de la fe. Apenas habían dado fondo frente a la isla y cuando se hicieron presentes en la playa como 20 gandules y empezó a grandes voces su capitán a decir:

—Capitán, *bojo* cultillo, capitán, *bojo* cultillo —lo repetía muchas, que quiere decir en castilla: capitán, si traes cuchillo hay perlas. Que perla en su lengua es *bojo*. Les hicieron señas a los indios y estos se echaron a nado y subieron a bordo. No había cuchillos porque no iban a rescatar perlas, pero ellos instaban a gritos:

—Capitán, *bojo* cultillo, capitán, *bojo* cultillo.

Fue tanta la insistencia y por no escamarlos el arráez Agustín Hernández sacó un hacha vieja y la dio, recibiendo por rescate una perla redonda; un mozo sacó un cuchillo

---

<sup>67</sup> Datos tomados en: Carta del Padre Juan de Ugarte al padre Quiros, Loreto 15 de septiembre de 1702. En: *Historia de los descubrimientos*, Constantino Bayle, Documentos Reservados, Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, México.

belduque y le dieron una perla en forma de calabacilla; otro dio dos navajas y le dieron un grano a la mitad como un botón grande; otro marinero sacó un pedazo de metal de aro de barril por el cual dieron varios granos; hasta por un pedazo de tortilla que uno de los muchachos del padre dio, se recibió un grano de perla. Y al preguntarle al padre que si se había rescatado la canoa, dijo:

—No, no se recuperó la canoa porque la habían escondido, como conociendo el motivo de nuestra llegada, y no se pudo introducir la fe, por estar estos muy aconchabados con los que esperaban en la playa para hacernos la guerra. Gastaron un día en esta empresa regresando a la Misión y Presidio de Loreto.

Los indios pericúes de la isla de San Joseph, con nuestras canoas que conseguían con el rescate de perlas, se habían hecho tan atrevidos que empezaron a pasar a la costa cercana para robar y saquear la misión incoada de San Juan Bautista Liguí o Malibat, distante del presidio de Loreto poco menos de trece leguas, llevándose hasta las campanas. El capitán de Mar y Guerra de las Californias, don Esteban Rodríguez Lorenzo, con sus soldados de cuera entró a la isla para darles un escarmiento, pero estos al saberse perseguidos huyeron a los montes, dejando a sus mujeres niños y ancianos indefensos. El capitán resolvió recobrar las dos campanas y quemarles las canoas que tenían en un estero de la costa oriental de la isla, para que no volvieran a cruzar la costa. También las amenazó con mayores castigos si volvían a incursionar sus hombres a tierra firme y dicho esto las acarició y agasajó con las raciones de carne seca de res que llevaba en abundancia. Ellos, como era su costumbre, entregaban a sus hijos como rehenes de guerra, el capitán resolvió llevarse a dos inditos y tres inditas al presidio para regalo y pago de las averías a los padres de la Misión.

Pero con esta entrada a sus tierras se volvieron más insolentes y belicosos. En el año antecedente de 1713 un armador llegó con su barco a hacer las pesquerías de perlas y rancheándose en tierra con sus buzos, dejó el cuidado del barco a un indio buzo de Nueva España, que sólo quedó a bordo. A pocos días avisó el indio al Capitán, cómo el día antecedente habían ido los de San José a su barco, que a él lo habían amarrado, y cogido una fanega de maíz, y que le dijeron que volverían a quemar su barco. El armador noticiado de lo sucedido y sin consideración alguna, consultando con otro compañero suyo: resolvieron que era menester castigar a los indios por la fechoría. Tomando estos la justicia en sus manos así lo ejecutaron porque yendo cuatro isleños en su canoa a rescatar perlas, como lo acostumbraban, al ver venir la canoa, previnieron sus escopetas, y el recibimiento de los pobres fue a escopetazos que, a la novedad, como indios que estaban al escuchar los disparos se tiraron al agua. Viendo que los dos barcos y cuatro canoas con buzos los cercaban, pidieron por señas alzando los brazos que los amarraran para hacerlos cautivos pero que no los mataran. Pero los acabaron a los cuatro, y el capitán y sus buzos de miedo de lo que podía suceder se volvieron a su tierra. donde los dos barcos y sus dueños experimentaron el castigo de Dios, pues ni uno ni otro alzó cabeza desde este hecho.

Al saber el padre milanés de mi arribo mandó a sus dos sirvientes mulatos, que fueran a dar aviso de que luego que me acomodasen en una de las casas de los soldados solteros del presidio, fuese conducido por el capitán don Esteban Rodríguez y el hermano Jaime Bravo a su presencia y le refiriese los pormenores de lo ocurrido, así como las formas en que se pudiesen sujetar los indios callejués para hacer misión en sus tierras.

En llegando, pidió el padre milanés a uno de sus muchachitos que se quedase afuera, en la puerta, para que no dejase pasar a los perros, gallinas, puercos y otros animales que deambulaban por el Real. Al entrar, a la sala estaba en su compañía el padre Juan de Ugarte, del que ya había tenido noticias por sus muchas hazañas entre los indios. El padre Piccolo venía en camino de su misión de Santa Rosalía de Mulegé, para ver no sé qué cosa con el padre milanés. La conversación fue general durante cuatro horas en las que no sólo le referí mis desventuras, las que lamentaron mucho, sino también las costumbres de mis bienhechores, e informé sobre los indios comarcanos con los que estaban en constante guerra: pericúes de las islas y tierra firme, y los guaycuras de la rama de los coras, aripes y huchitiés, que aunque eran de la misma nación de los callejués siempre estaban de la greña con ellos. También dije que era muy propio de estos indios amilanarse cuando se les demostraba intrepidez y ánimo; como el ensoberbecerse y colmarse de audacia e insolencia, cuando reconocen algún medio en los contrarios. Dije más que son enemigos de que entren extraños en sus tierras e inspeccionen sus costumbres, pero me guarde de ocultar de que los callejués habían aprendido de mí algunas costumbres de los españoles.

Viendo el padre milanés que era práctico en el conocimiento de las costas y de las rancherías de los guaycuras, dijo:

—La Divina Providencia en su misericordia te ha reservado Juan Díaz para una gran obra y te ha puesto en nuestro camino para ejecutarla. —Y luego dirigiéndose al padre Juan de Ugarte precisó. —Esta empresa dejémosla para el apóstol. Nombre que daba al padre Ugarte cuando de por sí él no lograba acabar una empresa y la deja-

ba para que éste la continuara, como presintiendo que su vida pronto acabaría.

Con ello emprendió el proyecto de reducir a los indios Guaycuros en el Puerto de La Paz y de que los llevase a regalar a mis bienhechores, diciendo con gran convicción de espíritu:

—Ya de esta vez no se sacará el estandarte de Cristo de este reino, tan grande que hasta ahora no se le sabe fin y la gran pobladora María pondrá sus raíces de su Santa Casa en sus escogidos —Luego prosiguió con su disertación que parecía dictada de arriba, diciendo:

—¿Y a quién ha escogido María para plantar la fe en tan escogido reino de California con el principio de su salvación? Escogió a su hijo don Juan Caballero<sup>68</sup> de Ocio, primer gran benefactor de la California; escogió al capitán Juan Antonio Romero para pasar de la contracosta el mar lauretano; luego al apóstol Juan de Ugarte, gran columna de la California, y ahora a escogido a Juan Díaz; dichosos los juanes escogidos por la reina de las Californias para poblar de cristianos y apartar de tantas naciones el reino de Luzbel.

Al finalizar derramó lágrimas de consuelo. Después de esta plática dio instrucciones al capitán para que en la primera oportunidad fuese llevado a la contracosta para regresar a la Villa de Colima, para el reclamo de los bienes de mi padre. Pues sabed Vuestra Excelencia que en voz del capitán don Esteban, fui noticiado de que mi padre al saberme

---

<sup>68</sup> Basada en Carta de Juan María Salvatierra a don Juan Caballero de Ocio, fechada el 27 de noviembre de 1697. Real de Loreto. En: *Misión de la Baja California*, Editorial Católica, Introducción, arreglos y nota por R.P.C. Bayle, S.J. pp. 50-51, Madrid 194

muerto y perdida toda su fortuna dejó de luchar contra su enfermedad, exhalando el alma pocos días antes de mi rescate:

—Sabéis don Juan —dijo el capitán poniendo su mano en mi hombro—, que fue tanta la pena que embargo a don Juan de Dios de Villegas, al recibir la noticia de que te habías perdido. Enfermo como estaba y no alcanzando la tranquilidad de su alma, fletó una embarcación propiedad del capitán Andrés de Rezabal para pasar a la California a buscarte. Desembarcó en este Real de Loreto en el mes de noviembre del año 1713 y con la anuencia del padre provincial Juan María de Salvatierra y la mía, resolvimos entrar en tierras de los bárbaros indios pericúes. Buscamos por doquier, como se busca una aguja en un pajar. Tu padre sacando fuerzas sobrehumanas ¡de donde no las había! Y decidido a encontrarte a como diera lugar, prometió dar a mis soldados lo último de su fortuna, que eran las perlas de su muestrario. Los soldados, cobrando ánimos y avilantes, entraron con fuerzas a la ranchería, que estaba en medio de dos cerros, y habiendo hecho prisioneros a unos y torturado a otros, conocieron del escondite de los indios motores de tan bárbara acción. Pronto mis soldados dieron con la cueva, que era su escondite. Habiéndolo hecho preso, como ya dije en otra ocasión, don Juan de Dios pidió los condujéramos ante su presencia y escupiendo la cara, como si fuera judío, del indio principal llamado bacarí, le arrancó de su pecho el *Agnus Dei*, que luego conocimos, por palabras de don Juan de Dios, era el que tú portabas el día en que te hicieron cautivo. Convenido entonces de tu muerte, prorrumpió en llantos que no abandonó hasta llegar al Real. Puso tu *Agnus Dei* ante la Virgen de Loreto y arrodillado como estaba entregó su alma al cielo. Esto fue lo que me refirió en su momento don Esteban Rodríguez, capitán de las Californias.

Mi padre, don Juan de Dios y Villegas fue sepultado en el panteón de Loreto, cumpliéndose así su última voluntad que fue tener su eterno descanso cerca de la tierra, donde creía descansaban los restos de su hijo bienamado, Cayetano de Villegas, muerto por mí el día en que perdí toda su fortuna.





### *A toque de campana*

**E**l milanés Juan María de Salvatierra, desde su desembarco en tierras de California, tenía hecho su plan, había leído con cuidado la relación de Antonio de Antillón que doce años antes, en el año de 1685, había intentado establecer una colonia en San Bruno, distante pocas leguas, al norte donde se emprendería la colonización de las Californias. También seguía las recomendaciones dadas por el padre jesuita y amigo Francisco Kino, que había estado con don Antonio de Antillón, tenía el mapa en sus manos donde Kino le señalaba la ubicación y los nombres de las naciones gentiles: monquis, edües, noes, didius, tibieres, y otras que por numerosas no es conveniente anotar aquí. El padre Kino durante algunos meses aleccionó al milanés para que juntos emprendieran la conquista de las Californias. Cuando todo estaba listo para la añorada empresa y cuando el milanés esperaba a bordo de la predestinada galeota Santa Elvira, en un puerto de la contracosta, a su amigo, recibió una carta de él, donde le noticiaba con un profundo dolor, que no podía embarcarse en tan ansiada

empresa porque el padre provincial de la Compañía de Jesús le pedía que se quedara con los pimas. Resignado el milanés dio la orden que soltaran las amarras de la galeota Santa Elvira y partió solo, sin la compañía de otro soldado de Cristo, como lo ordenó el santo padre san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús.

Entre su exiguo equipaje traía el padre el catequismo y vocabulario de la lengua cochimí compuesto, también en los tiempos de Antonio de Antillón, por el padre Juan Bautista Coppar en el año de 1684. Otra tribulación que lo asaltó durante el viaje y los primeros meses de la conquista fue no haber tornado con sus parientes a los tres indiecillos que el dicho padre se había llevado de la California a Guadalajara, y que estaban, según le dijeron, en algún escondrijo de Nueva Galicia. Como toda empresa tiene sus vicisitudes, el milanés estaba apurado por que llegasen los bastimentos con bien, que el primer bienhechor de la California, don Gil de la Sierpe, había enviado con los hombres de marinería y oficiales.

Desembarcó en Loreto, tierra de los indios de Conchó, un sábado 19 de octubre de 1697, día de San Pedro Alcántara. Con cinco soldados y unas cuantas personas más que pudieran ayudar en algo. Levantó como iglesia una tienda de campaña, regalo de don Domingo La Canal que venía entre la tripulación de Romero de la Sierpe. En delante de ella mandó poner la cruz coronada de flores silvestres. Con la sorpresa y admiración de los indios, el bosque de mezquitales pronto comenzó a ser talado y su madera utilizada para hacer las carracas, las trincheras de los colonos.

El padre Juan María Salvatierra, jesuita milanés, de noble alcurnia, era un hombre de profunda devoción, de carácter enérgico y de no pequeña humildad, paciencia y be-

nevolencia; de cuerpo robusto y sano, así como de grandes fuerzas físicas. Este hombre, con la pluma en la mano, hablaba con los indios de la ranhería de Conchó, de la parcialidad monqui donde se levantó el Real. El milanés pronto reparó en lo mal escrito de su cuadernillo y en la falta de muchas palabras. Asentó las nuevas palabras y corrigió las otras; preguntaba a unos y hablaba con otros sufriendo con paciencia las burlas por sus yerros en la lengua. Labor verdaderamente ardua, pues aprender estos idiomas bárbaros era necesario que se hiciera sin maestros, sin arte, sin gramática, y sólo atendido a un indio viejo y enfermo de cáncer, llamado Dionisio, de la ranhería de San Bruno, al que necesitaba contemplar y sufrir para que después de sudar y quebrarse todo el día la cabeza se le sacase una y otra palabra mal pronunciada. Pronto el milanés tuvo el primer fruto de sus largos desbarros en la lengua de los cochimí.

En la misa y doctrina el padre les predicaba y se oía el credo así:

*¿Temia ayimbio Dios lateamma uyipitahuani? Dios lateamma uyipilnagal lataja ametemo guinna udaahi Dios muyipun-*



*jo kaenogosso ibahi kaelhuimaha iba hi Dios gaji guija...* (no transcribo aquí el largo registro del credo en esta lengua, hecho por el milanés, por ser ajeno de lo que Vuestra Excelencia pide).

El credo era rezado por el milanés en el idioma de indios y sonaba mal a los oídos de los españoles. Los indios tampoco entendían lo que decían o entendían poco, porque parece que cuando hablaban quitaban la mitad de la primera palabra y la mitad de la segunda, además de que hablaban muy aprisa. Traslado al papel la traducción que hago del credo cochimí al español y de él se colegirá lo que tal vez, entendían los indios al escuchar al milanés.

¿Para qué creó Dios al hombre? Dios creó al hombre para que mientras viva en este mundo le ame de corazón, le reverencie, guarde sus santos mandamientos, y haciéndolo así para llevarle cuando muera al cielo, en donde viendo claramente a Dios, esté alegrándose siempre con una alegría indecible, la cual alegría nunca jamás se acabará... Con todo eso (entended bien lo que os voy a decir) aunque los ángeles, los santos y todos los demás que están en el cielo, son verdaderamente muy buenos y hermosos, mas éstos, respecto a Dios, o comparados con dios ha creado, son buenos y hermosos no mucho: Todas las cosas que Dios ha creado, aunque sean verdaderamente muy buenas, pero si se compara con Dios Nuestro Señor, todas son poca cosa. La razón es: porque solamente Dios es grandísimo infinitamente, bonísimo, infinitamente y hermosísimo infinitamente. Así es, para este fin nos ha creado... porque solamente Dios es grandísimo infinitamente, bonísimo, infinitamente y hermosísimo infinitamente. Amén.

La carencia absoluta de todo pesaba demasiado en los ánimos de los nuevos colonos. Pronto hizo mella en los sol-

dados que ya comenzaban a murmurar. Se les comenzó a dar solo la mitad de la medida reglamentaria de granos y se vieron obligados a comer su carne sin pan, por la falta de harina. Cuando llegó el padre siciliano Piccolo a la California, pocos meses después de la fundación del Real y Misión de Loreto, halló al milanés con grandes cuidados y consternación por estar en guerra con los indios, sin tener el padre resguardo alguno más que los cajones y costales de los bastimentos.

Por estos días llegó la predestinada galeota Santa Elvira, que enviaba el insigne bienhechor don Gil de la Sierpe, tesorero de las arcas reales de Acapulco, dio fondo después de mediodía cargada de bastimentos: maíz, arroz, azúcar, chocolate, canela y otros, también traía los situados, todas pagadas, de los soldados marianos lauretanos, y noticias de la memoria y los veinte toros sementales que se estaba embarcando en la fragata San Fermín, regalo de don Andrés de Rezábal, así como de que venían seis soldados, sin ser llamados, de Nueva Galicia a ponerse bajo el estandarte de la virgen de Loreto. El siciliano Piccolo y el capitán fueron de la opinión de que los recibieran, diciendo:

—Es crueldad y poca confianza en la virgen el no admitirlos, por ser todos solteros, mocetones y gente de valor y esperanzas.

—A caballo dado no se le ve colmillo — dijo el capitán, pues los seis vienen pagados por hombres piadosos de Nueva España.

—Nuestro bienhechor don Gil de la Sierpe Romero paga uno de ellos, para que sea escolta de nuestro padre provincial Juan María de Salvatierra y padre de todas estas almas de California.

—Pero es menester —dijo el siciliano, el padre pequeño—  
encargar cuando tornen la vuelta los barcos a Nueva España de que ya no embarquen gente española para venir a militar, ni de otros jaeces para el servicio.

—Daré la orden padre —dijo el capitán.

Haciendo decir con humildad al padre milanés en su lengua madre:

—La nouava missione di Loreto della California siempre cammina di bene in menglio quantumque sia stata desstituta del sussido della Azienda Reale, cosa inaudita nella conquista dell' america.

Hora dunche ch` abbiano fissato il piede ser cinquanta di terra tutta pacifica e bastantemente sosseggetta, vivándose senza contrasto, troviamo che il paese per le lagune e fiume copiose e attisimo ad ogni serte di bestia me sia a partorire sarebbe tre volte all' anno. Pare che si e gualagnato e basterebbe solo un presidio ancora a qualche avanzamineto....

La misión a toque de campana parecía que caminaba triunfando sobre el enemigo terrífico. El sábado comenzaban a llegar multitud de indios de las rancherías cercanas a escuchar la doctrina, en ocasiones salían en procesión alrededor del pueblo para concluir en la iglesia donde el padre les explicaba algún punto de la doctrina cristiana. Rezaban el credo en su lengua, asistían a la doctrina cristiana todos los domingos, sabían los principales misterios de la fe: que hay un solo dios y tres personas; que hay un premio eterno para los buenos y el eterno fuego para los malos y no bautizados.

Tan pronto como salían de la iglesia, los indios se quitaban sus pesadas levitas y las indias sus jubones y sus

velos, por serles molestos y estorbosos, sobre todo en la canícula cuando el calor era bochornoso.

A cada bautismo venían muchos indios, o por devoción o por curiosidad, y todos se quedaban con el padre. Mas para que tuviesen entendido que hacerse cristianos había de ser únicamente por el bien de sus almas y su eterna salvación, y no por interés temporal alguno, ni grande ni pequeño, les mandaba el padre quedarse unos días para trabajar algo y pagar de esta suerte la ropilla recibida y la comida. Los misioneros daban a las mujeres naguas de bayeta a aquellas cuyos maridos eran más beneméritos y ellas buscaban mucho de este nuevo traje por ser para ellas de honra y provecho. Al mismo tiempo se acostumbraba a que acudieran a la iglesia diariamente, con los demás cristianos que estaban en la misión o cabecera, para que oyeran la misa y rezar a las horas de fijo. En fin, eran enseñados éstos en el modo de vivir cristianamente, y señalándoles por capitán o justicia a uno de ellos, que parecía más a propósito, se enviaban a sus tierras, diciéndoles el padre el día en que debían de volver.<sup>69</sup>

Comúnmente solía bautizarse antes la gente moza que los avanzados de edad, los cuales estaban más apegados a sus malas costumbres y libertad gentilicia. Al principio eran los soldados los padrinos en todos los bautismos; pero después, como ya había número competente de muchos cristianos, estos eran los padrinos de los otros. Ya había niños bautizados con los nombres de los insignes bienhechores, de los padres misioneros y de todos los santos. Entre ellos había uno que llamó mi atención, cuando llegue al real, por llamarse Aristóteles.

---

<sup>69</sup> Miguel del Barco, *op. cit.*, p. 282.

Los días de fiesta en conmemoración del santo titular, la de Natividad, la del *Corpus*, las dos pascuas se celebraban con mucha solemnidad mandando el padre matar algunos toros para repartir la carne entre los indios cristianos y catecúmenos y también se les repartía, según fuera la estación, algunas frutas como higos frescos o secos, sandías, melones, granadas y uvas. Los indios pedían permiso para hacer sus carreras, luchas, tiro al blanco con sus flechas y otras diversiones que les eran permitidas, siempre y cuando no fueran contrarias a la decencia. Dando el padre algunos premios de ropa, comida o de tabaco que mucho apreciaban los vencedores, porque en su gentilidad el premio del vencedor era la mujer del prójimo. En estas competencias también participaban los españoles y los padres. En su gentilidad los indios de estas naciones, como las de las naciones pericúes y guaycuras, usaban para todo hacer fiestas, que si me detengo a señalarlas no terminaría nunca, sólo basta decir que hasta cuando les salía la primera muela era motivo suficiente para celebración y bastaba que cumplieran doce años para que los mozos comenzaran a hombrear como los adultos, saliendo a cazar y a la guerra y aún más para probar cuantas mujeres quisieran.

El siciliano Piccolo, el pequeño como le decía el padre milanés con la experiencia tomada en la tarahumara, hizo formar una trinchera que para las flechas servía de resguardo, y en medio formó como una especie de armas como si fueran de artillería para que los indios no se atrevieran a acometer; puso los dos cañones o pedreros dirigidos hacia los flancos por donde hacían su entrada los indios. Con esto alivió en gran parte la tribulación en que se hallaba el milanés. El Real se encuentra en medio del desierto que tiene casi una extensión de media hora de camino y llega hasta donde empieza la gran sierra de la Giganta.



—Tan tercos los tenía su natural inclinación al mal, pero todo eso vence la fuerza de la Santa Cruz y protección de la casa de María Santísima —dijo el milanés al siciliano Piccolo, al que con cariño le llamaba el padre pequeño.

—Pero el demonio no descansa ni de día ni de noche, pues no pudiendo hacer daño a los racionales, instigó a algunos gentiles a que hicieran daño a nuestras bestias.

—Y así de dos carneros que nos quedaban mataron el uno.

—Y estos fueron los monquis, padre.

—Según supimos después, padre, fue para regalar a las mujeres de la nación enemiga, los cochimíes o laymones, con los que estuvieron toda la noche celebrando sus bailes gentilicios. Pues el día antecedente se vio mucho movimiento de gentes con arcos y flechas como que iban a otra parte a no sé que casamiento, con algunas doncellas de la ranchería de los didius.

—¿Los de la ranchería de Londó, estancia de don Isidro de Antillón? Se suponía que estaban de la greña y que se empecinaban en no hacer las paces con nuestros monquis.

—Se suponía padre, pero esto sólo es una estratagema, porque no teniendo los cochimíes pitahayas en su territorio, y llegando su tiempo de vendimia que es como carnes-tolendas para ellos, la necesidad los obligó. Había mucha gente rancheando ahí, de la gruesa ranchería de San Juan de Londó, de San Bruno y otras muchas rancherías de la serranía de la Giganta, serranos que llaman laymones y muchos de ellos, padre, no acudían a la doctrina —luego, re-

flexionando, agregó—. Se les había predicado, en la primera visita contra los adoradores de la luna y esto motivó que sus hechiceros o guamas se exasperaran y movieran a sus gentes en contra de nuestra fe. Exhortándolos a no creer, ni hacer caso de lo que les enseñábamos, sino sólo de sus creencias y boberías antiguas. Por eso durmieron los Conchó lejos del real para asistir a la junta y última resolución de dar todos a una sobre nosotros. Estuvieron esa noche con sus lumbradas y desde aquí se divisaban multitud de ellas.

—¡Oh Dios! los que te odian rugieron en el recinto de tus asambleas; pusieron sus enseñas por trofeo— dijo el padre milanés recitando el salmo de David, 73, 4. Luego en voz muy baja, como para sí mismo sentencio:

*Venit laeta dies, itidemque optabile tempus, quo California-des diro rectore gementes liberet, et mecum stabilis concordia jungat*<sup>70</sup> [Viene ya el día dichoso y el tiempo tan deseado en que, una concordia estable libere a los californios que gimen bajo ese amo cruel].

El padre Piccolo el pequeño, con una gran fe en la conquista y reducción de los gentiles, respondió:

—Si padre provincial —*Fervida lucescent sacri funalia ritus*— [alumbrarán las antorchas encendidas para el rito sagrado.]

—Amén.

Al ponerse el lucero, por algunas sospechas que se tenían, salió del real de Loreto el capitán y primer conquistador de

---

<sup>70</sup> *La Californiada. op. cit.*

la California, don Luis de Tortolero y Torres, acompañado de cinco soldados a registrar los parajes de los indios, en las cercanías de San Juan Londó, para ver si se encontraban rastros del cordero hurtado. En el camino se hallaron con algunos indios cristianos de la nación cochimí que se mostraban muy ariscos con los de la nación monqui, diciéndole al capitán en lengua castilla:

—¿Queréis que esta noche os flechemos a todos estos monquis?

—No. Proseguid el camino y avisa que esta noche no salgan de sus rancherías.

Cuando el capitán y sus soldados se acercaban a la ranche-  
ría los halló entregados a sus ceremonias gentilicias. Desde una peña decidió observarlos y caerles a los principales motores de la idolatría.



### *Las idolatrías*

Se habían juntado en la ranchería que había cerca del real más de doscientos indios; hombres, mujeres, niños y niñas para hacer sus ceremonias gentílicas y algunas supersticiones con una figura o ídolo. El indio capitán llamado Leopoldo tenía embijado el cuerpo de negro y vestido de una espantosa capa negra que llaman *guanakaes*, hecho con los mechones de los cabellos de sus devotas doncellas, que le cubría desde los hombros a los pies; en la cabeza tenía un tocado de plumas de varios colores que le caía sobre los hombros, y en la mano derecha una pala blanca con dos agujeros cuadrados, y en la izquierda su arco y flechas. Habiendo subido sobre una peña que está en la cumbre de un cerro, dio grandes alaridos e hizo muchos ademanes grotescos y después de estar un rato sobre dicha peña, bajó por un caminito bien limpio de abrojos, con tanta violencia que nos causó admiración. Salieron muchos de la ranchería a recibirlo por un camino que lla-

man *afelgua* y que termina en una especie de choza donde se encierran para fumar tabaco coyote e invocar a sus demonios. Durante toda la noche tuvieron sus cantos y alabanzas.

El capitán mandó a uno de sus soldados por espía para que viera lo que hacían dentro de la sinagoga del demonio, que la habían construido con cuatro postes en cuadro y cubierto de ramas. Pero el soldado volvió espantado, diciendo que era imposible ver nada. La verdad fue que tuvo temor de acercarse donde invocaban al demonio.

Al día siguiente vimos salir de la ranchería una gran procesión guiada por el capitánillo Leopoldo que llevaba en sus brazos un bulto del tamaño de un recién nacido que tenía la cara embijada de negro, su melena larga y tres plumeros blancos en la cabeza; el del medio parado y los demás un poco agachados. Vestía un género de ropaje que no pudimos distinguir de qué estaba hecho. Se iba agachando con él como haciendo reverencias. Tras él iba una de sus mujeres danzando, adornada con su faldellín de carrizos, unas cañas en las manos y plumeros en la cabeza bailando, corriendo y haciendo reverencias al bulto. Llegaron en procesión al paraje limpio y despejado, donde tenían clavado un palo de pitahaya y junto a él un orcón más bajo que la dicha pitahaya. En la punta de ésta estaban puestas unas ruedas de varas tejidas del árbol que llaman cópale, y encima dos banderas de palo pintadas de color azul y blanco. Por encima del suelo pusieron una enramada y al pie un montón de la semilla que llaman medesé, que gustan de ella como los indios de Nueva España el maíz. Ya que depositaron el bulto, cesó el baile por un rato y después volvieron a continuarlo por dos días y dos noches. Salían unos tras otros, entreverados hombres y mujeres y daban una gran carrera y el capitánillo muy

orondo, en llegando al fin de ella con toda su gente paraba junto a dicho bulto y empezaban a hablar todos y a un mismo tiempo se bajaban haciéndole humillación y después descansaban como un cuarto de hora y volvían a proseguir la misma carrera con la misma ceremonia. Al salir el lucero de la mañana, dieron tan grande alarido que nos obligaron a coger las armas creyendo que nos habían visto; al mismo tiempo oímos gran llanto en las mujeres y dentro de un breve rato empezaron a cantar y continuaron todo el día con gritos y bailes a pausas. Al ponerse el sol, ellos se sentaron en rueda en varias partes y comenzaron la repartición de la semilla medesé que tenían amontonada delante de dicho bulto. La semilla del medesé valía para ellos tanto como el maíz para los indios de Nueva España.

Cuando acabó la ceremonia el capitán del presidio mandó a los soldados a apersonarse con el tal Leopoldo y a ver si podían contar el mucho gentilismo que había en dicha fiesta, lo cual no pudieron conseguir y que a todos parecía que habría 250 indios, entre ellos mujeres, niños y niñas. El mismo día llegó el capitán de los indios donde está el pueblo de visita de San Juan Londó, el cual pidió licencia a la guardia para bañarse donde beben los caballos y preguntando qué figura era aquella que tanto habían celebrado, dio a entender que era *Tamá Ambei Ucambí Tevivi-chi*, que en mal castellano quiere decir: el hombre venido del cielo. Era el que les daba el mantenimiento y el que cuando llovía bajaba del cielo a regalarlos y traerles las pitahayas y el medesé. Preguntados por nosotros dónde estaba ese dios que tanto veneraban dijeron que ya había vuelto al cielo.

Cuando el capitán regresó al Real de Loreto se halló con nuevas tribulaciones, pues los indios rebeldes habían flechado a la mula del padre milanés.

Se dijo la misa del día de la Ascensión y a ella concurrieron gentiles de San Juan Londó y serranos de la Giganta. Terminada la celebración aprovechó el padre para darles un *tlatole* o sermón en contra de los hechiceros, ladrones y matadores, recitando los salmos de David.

—¡Oh Dios vengador! Dios de las venganzas, muéstrate, levántate glorioso, ¡oh juez del mundo! Da a los soberbios lo que merecen. Hasta cuando los malvados triunfarán. ¿Quién se levantará a mi favor contra los malhechores? —Luego hablando en la lengua de los monqui dijo —¿Quién se levantará contra los matadores, ladrones y mentirosos? Porque los que son buenos cristianos deben de tomar a los malhechores y ayudar a los españoles a cogerlos; que yo los castigaré como un padre que está obligado a castigar a sus hijos cuando son traviesos, sin matarlos. Cuando así sea, rogaré al capitán para que les perdone la vida, pero no es bueno dejarlos sin el merecido castigo. Si Dios no estuviera para ayudarme, ¡ya el silencio sería mi morada!, pues hoy por la mañana ha sido flechada mi mula, dejándola herida.

Acabado el sermón y rezado en hileras el Alabado, llamado así por empezar con esta palabra, mandó el primer capitán de las Californias, don Luís de Tortolero que todos bajaran a ver a la mula flechada que estaba amarrada en el corral, para darles un *tlatole* y amenazar a los delincuentes.

Estas misiones mientras tenían un soldado de escolta siempre perseveraban en quietud y sosiego, pero luego que se veían sin soldados comenzaban las inquietudes y aun a peligrar las vidas de los misioneros. Porque a nosotros los soldados, aunque fuéramos solo uno, los indios nos miraban con mucho respeto. Sabiendo que estábamos ahí

como las veces de su capitán y que podíamos castigar sus desórdenes y atrevimientos como lo hacíamos cuando se ofrecía y que cuando la cosa era más grave y de mayores consecuencias dábamos cuenta al capitán y a los misioneros para evitarlas. Todo esto lo sabían los indios y por eso y por el temor de las armas de fuego les contenía mucho nuestra presencia y mucho más que la de varios sirvientes.

Como decía, tomando el hilo de mi narración, bajaron todos pero en llegando se dieron cuenta de que los monquis, guías y cargadores del padre milanés, habían hurtado el camino. Con esta acción quedó al descubierto quiénes eran los verdaderos malhechores, por lo que fueron culpados del hurto y muerte del carnero. El capitán hizo a los ahí presentes las amenazas por el atrevimiento de flechar a la mula.

No tardarían en revelarse y presentarse rodeando el Real en cuatro escuadras de indios: A los lados de lo alto del real los laimones; a espaldas de la Sierra de la Giganta los monquis, que dan al sur, y lo alto y bajo de la playa los ocupaban los didius y los edúes.

Nuestra pequeña escuadra también se repartió, con plan de guerra: en la parte más peligrosa en la punta que hacía la trinchera cañada abajo que es la parte de la mesa arrimada a la playa se puso el alférez y capitán don Luis Tortolero (ausente) con Bartolomé de Figueroa, aquí presente; en medio del lado para la playa estaba el indio de Guasave llamado Marcos; en la espalda del capitán don Luis estaba el otro indio de Tepagui, llamado Alonso y en el medio bajo, un soldado mulato llamado Andrés, de oficio perulero y mozo, y en la trinchera más fuerte y de menos peligro por el lado último de la mesa estábamos yo, Esteban Rodríguez, y a la punta asistía un bombardero



maltés que había servido en la nao de china, llamado Juan Caravaña. Por la parte inmediata que miraba a la playa estaba Nicolás Márquez (presente) siciliano que muchos años había servido valerosamente en su oficio de bombardero.

—Yo también estaba dentro de la trinchera —dijo el milanés que hasta el momento escuchaba callado las historias de la heroica defensa del Real por los primeros conquistadores, en su mayoría presentes aquí. —Y procuraba de acudir en la parte que reconocía más peligro, asistiéndome en todo momento el indiezuelo de Guadalajara de Ventitán.

—Al grito de guerra cargaron las cuatro escuadras contra nosotros lloviendo multitud de flechas y piedras sobre el Real. Luego, después de dos horas cesaron un rato y cuando creímos que todo había acabado volvieron con un segundo lance pero con más fuerza que el primero, reforzado con otras escuadras de avanzada. Por la abra de la cañada abajo, cargaba una escuadra de gente, con las espaldas aseguradas por engrosarse, en caso de que hiciésemos retirada. La segunda escuadra salía de la cañada arriba donde los Conchó tenían su ranchería.

—Finalmente, siendo muy forzado este segundo avance —prosiguió el milanés— dió ordenes el capitán don Luis al maltés para que pegase fuego al pedrero; se disparó y obró milagrosamente la Madona Santísima por no haberme el pedrero muerto.

—Es que el padre provincial Juan María de Salvatierra y otros dos soldados se hallaban cerca de ahí. Precisó el capitán Esteban Rodríguez, con irrisión al recordar el suceso.

—Porque reventó con tanta fuerza que se hizo pedazos y hasta la cuña de fierro se hizo tres pedazos, saltando cada uno por diferentes rumbos y la cámara saltó como nueve pasos que pasando casi sobre de mí ¡no la vi! Sino después de saber que ella era, que estaba unas cuantas varas más adelante.

—El maltés se cayó al suelo desde lo alto con tanta fuerza que perdió por un instante los sentidos. Dijo el soldado llamado Márquez.

—Pero luego volvió en sí con dos golpes que le propiné, que reconocimos no ser cosa grave y así volvió con sus armas a la pelea, y todos nos alentamos a pelear hasta morir. Concluyó el milanés muy emocionado.

—Con esto el enemigo cobró altivez y pronto corrieron la voz de que el pedrero no mataba y mucho menos dos arcabuces chiquitos.

—Con esto, dijo el capitán, apretaron por todas partes, con el último esfuerzo.

—Se acercaron con mucha osadía, tanto que me vi obligado a acudir por el lado del pedrero y parándome a vista de ellos, les dije que se apartasen, que podrían morir si se acercaban. La respuesta fue tirarme a un tiempo tres flechazos, que pasaron muy cerca de mí; y así viendo yo el caso desesperado me inspiró Dios que sería mas acertado ayudar a los compañeros, y desde... —No termino de platicar esta parte de la gesta porque lo interrumpió el capitán, diciendo:

—Y desde este tiempo que no obedecieron a la voz del padre provincial empezaron nuestros soldados a disparar

los arcabuces y fusiles matando a muchos que cayeron apelotonados. Por el valor de los nuestros se vieron amedrentados del espanto y a un tiempo a la caída del sol huyeron a sus tierras.

Poco después de media hora de suspenso y silencio se hicieron presentes en el Real ocho mujeres mozas con sus hijitos y se sentaron con las piernas extendidas, muy cerca del padre y los soldados, que es el modo que tienen los indios para pedir las paces. Se sentaron a la puerta del real señalando a los indios muertos por los arcabuces, mostrando que pedían perdón. El padre milanés las perdonó y tomó a uno de sus hijos como rehén y señal de buena fe, diciéndoles que los españoles eran buenos y que no matarían, sino a los que querían venirnos a matar y saquear y que al ser ellos buenos los perdonaría el capitán, pero que era menester que sus maridos entregasen sus arcos y flechas en señal de rendición. Ellas entregaron a uno de sus hijos con gusto, pronto se le bautizó con el nombre de Manuel Bernardo. Los indios bárbaros, noticiados por sus mujeres, comenzaron a llegar al Real a entregar sus arcos y flechas en señal de rendición. Pronto se hizo una pira con sus rústicas armas que ardieron con tanta fuerza que los soldados y misioneros celebraban eufóricos la victoria ganada al demonio.

Un día sábado, alentados por el padre milanés que levantándose temprano como acostumbraba y después de su hora de oración y celebrada la santa misa que se acostumbraba todos los días, se fueron todos al desmonte del bosque de mezquites, donde se había de plantar la iglesia de la Lauretana y casa de los padres. El día de la visita-ción, el padre siciliano Piccolo, con el capitán don Luís de Tortolero, tiró los cordeles y se comenzó a cavar los fundamentos de la Misión. Pronto la tienda de campaña

se vio rodeada de piedras de cantera, adobes y carrizos de la nueva iglesia.

Eran grandes los trabajos de los colonos e indios cristianos que, a toque de campana, iba ganando la descubridora y conquistadora, María Santísima; ya abriendo caminos entre peñas y arroyos; ya levantando casas y chozas.

No sólo el padre milanés sufrió en la fundación del presidio, sino también el padre Piccolo en la fundación de la Misión de San Francisco Xavier. Era cosa sabida en entre los soldados que, al padre siciliano siempre que determinaba alguna salida, había de haber algún embarazo o impedimento que ponía el demonio para estorbar el fruto de la evangelización; derribándolo de la mula, acaso por no saber montar por su menuda estatura, o algún suceso a los soldados, o perdiéndose las bestias. Salió en una expedición con quince soldados de a caballo, cinco hombres de a pie y algunos de los indios ya reducidos de Loreto Conchó



a buscar paraje apropiado para dicha fundación. Como lo dice en su carta,<sup>71</sup> que escribió al milanés, describiendo sus descubrimientos, de la que guardo copia:

A siete del corriente, como sabe vuestra reverencia, salimos de ese Real de Loreto para visitar el pueblo de San Francisco Xavier Viaundó, y tengo escrito a vuestra reverencia del recibimiento que nos hicieron con muchos arcos y repiques de la campana que el día antecedente habían llevado. Entrando dieron la obediencia muchos indios e indias de varias rancherías que estaban congregadas. Mientras se iba tomando lengua y noticia del camino y distancia que había desde este paraje a la mar de la contracosta.

Llevando consigo su altar portátil con todo lo demás necesario, porque su primer cuidado era el de officiar la misa, donde quiera que estuviera. Llevaba también consigo los cuatro tomos del P. Señeri, intitulado *La Manna dell'Anima*, que en su introducción decía *overo Esercittio facile insieme e fructuoso per chi desdiera in qualche modo attendere all'Oratione...* Cuando llegaron al paraje escogido para fundar la misión, el capitán don Antonio García de Mendoza y los soldados se aplicaron a abrir caminos y en hacer adobes y en poco tiempo hicieron 2,500 con los que en días levantaron la capilla que se dedicó al glorioso apóstol San Xavier; tenía siete varas de largo, cuatro y media de ancho, con la correspondiente de alto y el techo de paja. En proporción de la capilla formaron una casilla para el misionero, con dos piezas, dormitorio y una pequeñita salita, con el techo de paja, dejando por revocar las pare-

---

<sup>71</sup> Carta del p. Francisco Maria Piccolo al p. Juan Maria de Salvatierra. En *Informe del Estado de la Nueva Cristianidad de California 1702 y otros documentos*. Edición, estudio y notas por Ernest J. Burrus, S.J., ediciones Jose Porrúa Turanzas (Col. Chimalistac), p. 145-158, Madrid, 1962.

des. El padre Piccolo hizo subir, en recuas, las alhajas de la iglesia, y sus escasas pertenencias desde el Real de Loreto. Aquí se dedicó a aprender la lengua de los indios laymones que tenían algunos modos diferentes a los indios de San Juan Londó, anotando en un cuadernillo las nuevas palabras, cuando las cosas estuvieron más o menos bien, hizo su primera entrada en las tierras de los gentiles hasta la contracosta o mar del sur, como lo refiere en la carta de noviembre del año de 1699, de la que guardo una copia:

En veinticuatro, pues, de este mes de octubre, sábado, salimos al romper el alba y habiendo caminado como cuatro leguas, de camino llevadero, entre piedras de un arroyo, que en partes tenía tanques de agua y por cañadas de muy buenas tierras, llegamos a un hermoso puesto con su arroyo corriente, lleno de sauces y carrizales. Que los indios llaman a este paraje Ohobbé y nosotros le pusimos Santa Rosalía, por habernos encontrado el muchacho Marcos Antonio con un indio laimón, cuya niña había yo bautizado en la otra entrada y se llamó Rosalía; dicho Marcos Antonio venía gritando:

—Padre, este indio es tu compadre, tú bautizaste a su hija Rosalía y te quiere acompañar hasta la mar.

Nos alegramos mucho; preguntando a este indio mi compadre si adelante había alguna ranchería, nos dijo que sí, y que todas aquellas cañadas estaban llenas de gente, lo mismo dijeron los indios de Viaundó. Con esta noticia le dije que se adelantase y diese la noticia a la ranchería que estaba cerca del camino que iba yo con el capitán a verlos. Cuando llegamos a la ranchería después de caminar una buena legua por un arroyo corriente y ameno, topamos a los indios, indias y muchachos que nos estaban aguardando todos sentados, sin tener ningún arco ni flecha,

serían por todos como ciento veinte personas, antes más que menos, y según me dijeron, había mucha más gente que estaba desparramada en busca de sus comidas. Este puesto se llama Diwonohí. Viendo el capitán que dichos indios se espantaban de los caballos, dio orden a los soldados que parasen por otro lado, quedándose el capitán conmigo y Esteban Rodríguez.

Llamé a los intérpretes que llevábamos y les hablé para que diesen el *tlatole*, los cuales estaban tan turbados que no acertaban a decirles nada; viendo esto les hablé en nuestra lengua monqui, a lo que estuvieron todos muy atentos y por lo que vimos, muchos entendían la lengua, porque luego explicaban unos a otros y daban muestras de alegría.

A este tiempo se levantó uno y con mucho agrado regaló al capitán con una concha de la contracosta, a quien luego dio su merced una navaja, después me regalaron a mí unas cabezas de mezcales; hecho esto envié por maíz y se los repartí, a las mujeres primero y después a los hombres; hallamos en ellos tanta mansedumbre que pasando adonde estaba el real se vinieron detrás de nosotros, unos se admiraban de los caballos, otros de las cabras y perros, otros de los indios yaquis que iban con sus capiruzas, pero sobre todo de los soldados.

Habiendo yo y el capitán visto que el puesto donde estaba el real era incómodo para las bestias, preguntó a los indios si más adelante había mejor paraje para ellas; dijeron que sí. Proseguimos adelante con la guía que pedimos y además de ella vinieron acompañándonos como veinte indios limpiando el camino por ser todo monte; caminando poco más de una legua topamos con otra ranchería y hallamos en ella como veinte personas que nos recibieron de

la misma manera que las primeras, por haber ido el mismo indio mi compadre a avisarles. Luego les hice una plática con intérpretes, diciéndoles por remate que si querían dar unos párvulos para bautizarlos, a que respondieron las mujeres con mucho juicio, que ellas los darían, pero que no estaban sus maridos y no sabían si lo llevarían a bien. Hicimos noche en dicho puesto y regalé a los indios con un poco de maíz y carne. La mañana, domingo, dicha la misa, proseguimos nuestro viaje.

Dos leguas más adelante vimos un hermoso paraje de muy lindas tierras con aguas corrientes, y por ser tan hermoso le puse Nuestra Señora de los Dolores y los indios le llaman Picolopri. Caminamos otras dos leguas buenas y llegamos a las diez u once de la mañana a otro paraje llamado Arudovichí, siguiendo el mismo arrollo y llegando a un carrizal dijeron los indios que de allí en adelante no había agua hasta llegar cerca de la mar. Proseguimos el mismo día juzgando habría bastante tiempo para llegar a la contracosta. Fuimos caminando por tierras llanas secas y muy tupidas de árboles de pitahayas, de muchos conejos y venados. Los tres laimones que vinieron por guías en todo el camino, como veían pitahayas, a carrera iban a cogerlas y me las traían y lo mismo hacían al capitán, sin comer ellos ninguna. Iban limpiando el camino, quitando las espinas que eran tantas, que hubieran dado que hacer a más de cien gastadores; lo sabe mi sotana, que ha quedado hecha racimo. Ya puesto el sol, en un paraje estéril, sin agua ni zacate, determinamos hacer alto por no llegar a la costa de noche.

Pasamos esta noche en risa y alegría y convites de chocolate porque no había agua, aunque oíamos la de la mar. El martes después de legua y media de camino dimos con el aguaje distante de la mar como una legua, sin hallar indio



ninguno, aunque vimos muchísimas camas frescas hechas por los indios. Paramos porque dijeron los indios que a la playa no había agua y así dimos de beber a las bestias en una olla grande de cobre por estar el agua en batequis. Almorzamos mientras comían las bestias, pues hallamos muy buenos pastos y carrizales. Dio orden el capitán que saliésemos a ver la mar y a ver si estaban pescando los indios con intento de volver a dormir al mismo puesto. Fuimos y no vimos indios ni puerto ninguno, porque todo era playa hecha media luna, que tenía de punta a punta más de veinte leguas; pero la playa era muy alegre y en ella vimos muchos huesos de ballena. Buena gana tenía el capitán y mucho más los soldados de quedarse unos días por allá para ir reconociendo algún puerto, aguajes y rancherías. Caminamos un buen trecho la playa arriba y la playa abajo, más para dar gusto a los indios nuestros, porque ninguno de ellos había estado por allá y cogieron un género de conchas hechas racimos, que arroja a la playa la misma mar; es comida muy delicada, y se estima mucho en Italia; en Palermo se llaman dátiles del mar. El día de San Simón y Judas salimos y habiendo caminado como una legua nos dieron unos gritos los indios desde una loma, vimos unos pocos de ellos que al parecer estaban sin armas. Los llamamos para bajasen, pero no se determinaron. Lo que yo puedo asegurar es que por los rastos y casillas que vimos, ha de haber muchísimos indios en aquellas playas. Proseguimos nuestro viaje y fuimos a sestar hasta el aguaje, que habrá como siete leguas. De allí pasamos por tarde al puesto de Arudovichí dejando atrás el peor camino. El jueves salimos de dicho paraje para ir a dormir en el puesto de Santa Rosalía Ohobbé, enviando por delante dos de las guías a que avisasen a los indios que íbamos a pasar a dicho puesto, y habiendo llegado no había indio ninguno y luego dentro de poco rato llegaron dos mujeres con unos tantos indios, y des-

pués fueron llegando otros con los indios guías y dijeron que toda la gente estaba por los cerros haciendo sus comidas de mezcales, que si allí nos esperábamos que bajarían todos. El capitán, para que vieran los indios la fuerza de nuestras armas, mató con una pistola una cabra a la vista de todos, quedando los indios muy espantados y fueron a ver dónde recibió el golpe el animal. Esta mañana viernes fueron bajando los indios e indias hasta como cincuenta o sesenta personas. Les dije que si querían que se bautizasen los niños que traían. Dijeron que sí, que a eso los habían traído. Nos quedamos cuatro días en aquel paraje, pues el indio Ángel me dijo que había visto con sus ojos muchas y muchas rancherías cercanas, y preguntando cómo se llamaban me dijo tantas que dejé de escribirlas; se conoce que dice la verdad, porque dice que por la parte del sur hay mucha gente, pero él no ha ido por allá porque son enemigos, pero que por la parte del poniente las ha visto todas, y que tienen muy grandes tierras y arroyos. Alabando yo las tierras que vimos por el camino, me dijeron que las tierras buenas con agua están adonde viven los indios, porque en el camino no hay rancherías ni tierras buenas. Salimos a toda prisa porque se acababan los bastimentos y los indios iban cayendo como granizo, les prometí volver otra vez, y empezamos a caminar... Llegamos, pues, a San Francisco Xavier como a las tres de la tarde, y hallamos la capilla toda revocada por dentro, recibiéndonos los hijos con mucha alegría, hallamos todo cuanto habíamos dejado aguardar.

En suma, no hay más que dos días de camino de Viaundó a la contracosta, y de mar a mar tres días de camino descansadamente. Esta es la sustancia de nuestra jornada. Estos grandes descubridores y sobre todo el capitán Antonio García de Mendoza, merecen el regalo y el consuelo de su muy deseada presencia por acá. Venga pues, y venga

a dedicar la primera capilla a nuestro grande apóstol San Francisco Xavier.<sup>72</sup> Rúbrica Francisco María Piccolo.

A su regreso de la expedición encontró que los indios habían terminado la obra, revocando las paredes y guardado fielmente las reliquias de la iglesia, pero pronto las tentaciones del demonio llegaron porque además de las fatigas de aprender el idioma tuvo que sufrir el trato grosero de los indios y sus costumbres gentilicias. Los indios todavía gentiles fueron instigados por sus hechiceros o guamas y de algunos indios principales, y los incitaron a cometer un gran atentado contra el padre siciliano. Fueron a su casa bien armados todos, pero por fortuna el padre había salido del pueblo, puesto sobre aviso de lo que se tramaba, pero tenía en su casa una imagen de pincel de María Santísima Dolorosa, de especial devoción y que solía llevar en sus apostólicas correrías y la tenía de ordinario en la cabecera de su cama. Viendo los indios esta imagen, dijo uno de ellos señalándola:

—A ésta la quiere mucho el padre.

Enardecidos como estaban tensaron sus arcos y se pusieron en posición para tirarle de flechazos al rostro, haciéndole dos agujeros muy inmediatos a los ojos. Que para memoria hasta ahora se conservan en la santa imagen que el padre guardó con especial veneración.

Luego movidos por sus guamas fueron entonces contra la capilla haciendo destrozos con mayor rabia en las cosas de la iglesia. Un crucifijo de madera lo hicieron trizas y lo fueron a arrojar al cieno. Esta osadía no quedó sin ser ven-

---

<sup>72</sup> Carta del padre Piccolo a Juan María de Salvatierra.

gada, subió bien enardecido el capitán Antonio de Mendoza con su escuadra e indios flecheros de la nación yaqui, que llegando a la misión incoada de San Francisco Javier Viggé mandó aprehender al principal motor de la rebelión y sin hacer el juicio acostumbrado y, en medio de la sorpresa de los indios herejes, lo decapitó de un espadazo y su cabeza la colgó de un palo que mandó a poner frente a la capilla, para escarmiento de todos. Las atrocidades cometidas por el capitán llegaron a oídos del padre milanés.

El capitán fue severamente amonestado, en consejo convocado por el milanés, por tan cruel decisión que tomó sin el consentimiento del padre provincial. Porque el milanés Juan María de Salvatierra, con la facultad que le concedió el virrey Mendoza, estableció en el presidio de los soldados un gobierno cristiano, militar y político. En lo militar tenía a su mando y disposición todo el presidio de los soldados con su cabo, con potestad de poderlos remover siempre que se desarreglase su conducta.

En pocas palabras —dijo el alférez Mugazabal— el capitán no tenía más libertad que la que logra un estudiante<sup>73</sup> bajo la férula de su maestro.

—Aunque celaba la subordinación de los soldados al capitán como su legítimo superior y que él los castigase, cuando la falta no fuese mayor porque siéndolo el castigo es el destierro, no sólo cuando falten en lo militar, sino en cualesquiera otra materia.

—El primer capitán don Luis Tortolero como soldado reformado, nunca dio su brazo a torcer y don Antonio Mendoza,

---

<sup>73</sup> Citado por Venegas Miguel, *op. cit.*, p. 180. Sobre las injurias hechas por seculares a los jesuitas de California.

práctico en la guerra, no se sujetaba a las órdenes del padre provincial. Por eso convocó a consejo para sancionar al brutal capitán y tomar las medidas necesarias en lo político. Porque el único que podía sancionar al capitán era él.

—El demonio no para ni deja ocasión de inquietar a estos pobres y desdichados indios que alumbrados de la predicación evangélica cierran los ojos a la luz de la verdad para quedarse en la sombra de sus embustes y de sus ridículas idolatrías. Dijo el milanés a los ahí presentes con seriedad.

—Ellos caerán en la red de Pedro, mirándolos Cristo con ojos de piedad. Participó el siciliano aludiendo al apóstol Pedro y a las palabras de cristo en Mateo V, 18-20.

—Son sus guamas o hechiceros, tenéis que acabar con ellos padre provincial, si queréis paz en el Real. Dijo el capitán en tono severo, como intentando desatarse de la culpa del homicidio del indio.

—No es con el ruido de las armas sino con la cruz del evangelio como acabaremos con esos guamas, dijo el milanés.

—Tenéis que destruir sus instrumentos del demonio: sus *guanakaes* o capas de cabellos que usan como si fueran sotanas en sus ceremonias gentilicias. Dijo el siciliano que había visto en su entrada a la contracosta innumerables afelguas o sinagogas del demonio, que los gentiles usaban para sus ceremonias gentilicias.

—Hay que prohibir que entren al Real con sus arcos y flechas, dijo el capitán.

—Da la orden a los soldados, a los gobernadores y a todas las varas de justicia para que se haga. No quiero ver a ningún indio cristiano con arco y flecha, en el real ni en ninguna parte. También que se dé la orden para que no se permita la entrada a los gentiles desnudos y que no deambulen en el Real.

—Daré la orden padre. —Luego lisonjero dijo dirigiéndose a todos “pero padres no hay de que maravillar porque esta tierra si antes era infierno, hoy es paraíso, por habéis lanzado de ella la serpiente venenosa que la guardan y defienden con las espadas de fuego que vibran en sus angelicales lenguas, con la publicación del santo evangelio”. —Luego pecando de imprudente se atrevió a pedirle armas al padre. —Padre provincial, para asistir a la conservación y defensa de su santa misión suplico a vuestra reverencia demande al padre Francisco María Piccolo, aquí presente, que en la próxima memoria pida dos pistolas de acción y encargo de que sean tales que no falten en las ocasiones que se ofrezcan. Que no faltaré en agradecimientos y a todo lo que mi pobreza alcanzare para servir a vuestra reverencia, a quien guarde Dios muchos años.

Después de este día el padre provincial —dijo el alférez Mugazabal— no se sentía a gusto con su capitán y en la primera ocasión que tuvo lo destituyó, aunque hicieron saber que la causa había sido por enfermedad en sus ojos.

Después de que el siciliano Piccolo fue llamado para fundar nuevas misiones en la California, tocó al padre apóstol de la California hacerse cargo de la misión de San Francisco Javier Viggé.

Decidido a enseñar la doctrina a los gentiles de su misión, los conducía todas las tardes a la enramada don-

de les rezaba el rosario y pasaba a explicarles la doctrina y los misterios de nuestra fe, dándoles, al finalizar, en premio, de comer pozole. Al principio estaban inquietos, hablando entre sí y prorrumpiendo muchas veces en grandes carcajadas, porque todavía tenía yerros en las voces y discurría fuera de la razón en la lengua de los cochimí. El padre que todo sobrellevaba con indecible sufrimiento, quiso infundirles temor hablándoles de las penas del infierno, entre las que ponderó, con cuanta fuerza pudo, el fuego eterno que devoraba las almas, pero los oyó decir en sus corrillos que mejor era el infierno que la suya, pues no había falta de leña, sino mucha lumbre para calentarse y que así era mejor para ellos dejar esta tierra e irse a vivir allá. Y como nada bastaba para tenerlos atentos discurrió un día meter terror para sacar respeto, que fue castigar a un indio revoltoso que se movaba, como otros, de la explicación de la doctrina y que se preciaba de fuerte y valiente, ventaja única que entre ellos merecía estimación. Confiando el padre en sus extraordinarias fuerzas para amedrentar a los demás gentiles con el castigo e humillación de este indio, le tomó de los cabellos y le dio un fuerte apretón de brazos que le hizo soltar un tremendo grito de dolor, y mirando a los demás en actitud desafiante, con ironía dijo:

Vaya, no es capaz de luchar conmigo quien no puede sufrir un dolor tan ligero.

Por estos tiempos, poco después de mi llegada y sirviendo ya como soldado del presidio, se escuchaba de los indios gentiles y aun de los primeros indios cristianos el gran miedo que les inspiraba Chimbiká.<sup>74</sup> Preguntados de qué

---

<sup>74</sup> Miguel del Barco, *op. cit.*, p. 217-218.

era eso que llamaban Chimbiká, sólo se obtenía como respuesta un:

—Quién sabe.

Un día al romper el alba, los dos indios yaquis que habían salido a pastorear el chichorro de cabras regresaron sobresaltados de sus faenas, porque encontraron, al llegar a los corrales, varias de sus mejores cabras descuartizadas por un extraño animal. Por el aviso salimos cuatro soldados del Real y varios indios flecheros de la nación yaqui al lugar para dar fe de lo sucedido. Regresamos espantados informando al capitán del presidio, don Esteban Rodríguez y al milanés que cuatro cabras habían sido devoradas en el lugar donde pastoreaban y que una de ellas la encontramos, inexplicablemente, entre el horcajo de un mezquite, como si una extraña y poderosa fuerza la hubiera expelido a los aires. Según las señales que encontramos, colegimos los soldados y los indios yaquis, que debía de ser algo que no era de este mundo.

Se corrió la voz de lo sucedido entre los indios catecúmenos de las misiones, siendo mayor el terror entre los indios cristianos de Loreto, de San Javier Viggé y de Malibat, con ello se desparramó el pavor hasta la misión de Mulegé, cosa muy usual entre ellos. Esto provocó que no quisieran salir a los montes a recolectar de sus semillas y que algunos, a escondidas de los misioneros, temerosos, acudieran con sus hechiceros por el gran miedo que le tenían a este demonio que llamaban Chimbiká. Sólo el hechicero o guama, según dijeron, sabía cómo apaciguar el enojo de Chimbiká. El hechicero, aprovechando la ocasión, les decía que su dios mandaba las calamidades por haberlo abandonado, que sólo expulsando a los cristianos de sus tierras podían apaciguarlo.



El misterio se resolvió en una ocasión en que el padre Ugarte, el apóstol de la California, montado sobre su caballo y volviendo de Loreto para su misión de San Javier Viggé, divisó no lejos del camino un león dormido, como los que se habían visto en Nueva España.

Entonces el padre, conociendo que éste era la causa de tanto movimiento entre los indios e incluso de los soldados y de los españoles grandes y chicos, se apeó de su caballo y se fue acercando con una pesada piedra en las manos. Cuando el animal sintió su presencia quiso incorporarse para abalanzarse sobre él, pero él le dejó caer la piedra con tal fuerza que lo tumbó dejándolo aturdido y antes que se levantara de nuevo, le dejó caer una segunda piedra entre los ojos y la frente, que es el talón de Aquiles en estas bestias, matándolo. Ya muerto, decidió el padre llevarlo a los indios de su misión. El mayor trabajo fue ponerle sobre la cabalgadura, que no estaba aun bien domada. Viendo esta dificultad y que por estar solo no podía vencerla sólo con la fuerza, se valió del ingenio: puso sobre un peñasco al león, montó en la cabalgadura obligándola a que se arrimara al peñasco, por más que éste se rehusaba admitir sobre sí tan aborrecida carga. Lo cargó poniéndole consigo sobre la montura y tomó el camino hasta su misión de San Javier, distante de ahí como dos leguas. En llegando los indios al ver al león se espantaron y corrieron a esconderse temiendo la venganza de Chimbiká. La razón de tanta aprehensión era porque estaban persuadidos de que estos animales no debían de ser matados porque si así lo hacían Chimbiká regresaría y los mataría a ellos. El padre, conociendo el horror que le tenían, les refirió a sus indios lo que había pasado y cómo le había dado muerte al león. Un indio de los más viejos se acercó al padre y viendo al león dijo en voz del intérprete:

—Padre, podéis matar al león y muchos más, pero a Chimbiká jamás —luego sentenció—: El tornará a cobrar-se el agravio con uno de los nuestros porque lo hemos abandonado.

Para desengañarlos a ellos de su errada creencia les decía que estaba seguro de que Chimbiká, al que acababa de matar, no se había de vengar de él, y de que ni se vengaría de ellos el león que ellos matasen, porque Chimbiká ya había muerto.

Así los animaba a no ser caso de sus vanas aprehensiones y a perseguir en lo sucesivo a estas bestias que tanto daño hacían en el ganado mayor y menor y especialmente en las crías de caballada, que ya entonces tenía la misión alguna. Les prometió, para incentivo, darle un toro en retribución a cada uno de ellos que matara a Chimbiká.

Padre —dijo un indio mozo llamado Ángel—, Chimbiká no es un león.

Entonces —dijo el padre rectificando— daré el premio a todo aquel que mate al león.

Los indios se admiraron del caso, de cuya verdad no podían dudar, viendo ya sin recelar a la bestia muerta con todas las señales recientes de lo que el padre decía. Con esto y con el premio que les propuso, se fueron animando a perseguir y matar tan pernicioso animal. El padre cumplía lo prometido, dando por cada león muerto, un toro. Esta costumbre de la misión de San Javier se fue extendiendo por las demás. Más para que no hubiera engaño debían llevar a la casa del misionero la piel recién quitada de este animal como señal de que se habían ganado un toro. Juntamente a esto llevaban el unto o manteca del

mismo animal que servía para curar las mataduras de las bestias de carga y silla con buen efecto. Entre tanto se comían los indios la carne de un león, cuya carne decían era muy buena. Más para cazarlos era necesario usar cautela, y no ir para esto solo; porque siendo este animal feroz y atrevido, había peligro de que embistiera y cazara al hombre, en lugar de que éste le cazara a él. De éstas y semejantes boberías procuraron los padres misioneros disuadirles que, por lo común, se había logrado en las misiones nuevas. Chimbiká, con el paso de los años, dejó de atemorizar a los nuevos cristianos y sólo en las tierras de gentiles se escuchaba de cuando en cuando hablar de este espíritu tan temido y respetado por los antiguos indios.

La práctica de la Misión de Loreto fue la regla para los ministerios de las otras misiones, sin más diferencia que la que podían ofrecer las circunstancias particulares de cada territorio.

## ***El azote de las epidemias y calamidades***

*La Compañía de Loyola, compadecida por la ruina de la peste y pronta en sus ministerios para curar almas y cuerpos, vuela y alegre desempeña trabajos improbos; no descansa obligada por sus vigilantes cuidados, hasta que tocada por el golpe de la Enfermedad incurable cae para ti...<sup>75</sup>*

Los años 1709, 1711, 1712 y 1713 fueron funestos para California, pues una epidemia de viruelas la asoló. A esta infelicidad se aunaron las hambres ordinarias, el naufragio de la lancha San Javier en tierra de indios indómitos llamados seris y las constantes incursiones de los indios pericúes de la isla San Joseph a las tierras de la Misión de Malibat o Ligui para hacer destrozos y llevarse a las indias como cautivas, la comida y el fierro.

En la misión de Loreto cada día se enterraban entre seis o siete párvulos y adultos, y siendo universal la enfermedad, infirieron los padres haber perdido la mitad de los indios catecúmenos de las cuatro misiones fundadas.

Los hechiceros, tenidos por los misioneros como embusteros, embaucadores y enemigos constantes de las conversiones, esparcieron la voz que los padres vestidos de negro, el milanés y el siciliano y los demás misioneros, mataban con el bautismo y el Santo Óleo, pero viendo los pobres indios que el mal no perdonaba a los malvados hechiceros, unos con la confesión y Eucaristía y otros con el bautismo, procuraban asegurar su salvación. Los padres

---

<sup>75</sup> La Californiada. *Op. cit.*

acompañados de los soldados, en el ejercicio de la caridad, recorrían de día y de noche las rancherías, los montes, auxiliando a los moribundos y enterrando los cuerpos, lívidos, negros y pestilentes que hallaban en las barrancas. Los indios, luego que sentían venir al padre, se escondían, como prácticos de sus tierras y escondrijos y en el andar desnudos, sin estorbo alguno de ropa para penetrar por los montes y breñas, ágiles y acostumbrados a caminar largas distancias entre barrancas y piedras resbaladizas. La continua fatiga en la asistencia de los enfermos, junto con la escasez de los alimentos, el caminar cerros y barrancas, lastimándose con las piedras e hiriéndose con las espinas frustraba las diligencias a los padres por no poderle dar alcance a algunos de los enfermos que buscaban, para redimirlos y convertirlos a la fe cristiana, ahora que estaban moribundos.

## *Los instrumentos del demonio*

**A**unque el tiempo que ha pasado es largo y algunas cosas se han caído de mi memoria, otras huido o hurtado el camino de la razón y otras han enflaquecido por inútiles, con gran esfuerzo traigo y traslado al papel lo que a este tiempo me dijo el padre siciliano Piccolo, del que fui su escolta personal por algunos años, que dará alguna luz sobre cómo el padre milanés arrebató estas naciones de las manos de Luzbel, para gloria de nuestro rey.

—Sepa vuestra merced que alguna cosa ha hecho nuestro padre rector en la ranchería de San Isidro —que está en una cañada como a seis leguas del presidio de Loreto—, le ha dado al demonio mucha pena, algo le ha quitado de sus garras y esto lo verá vuestra merced en los perros que cuidan el chinchorro de cabras. Porque estos perros hasta ahora no han hecho mal a ninguno, y ahora el demonio los ha tomado por su instrumento procurando que los indios armen algún motín para ver si se puede vengar del agravio que ha recibido de manos de nuestro padre rector Juan María de Salvatierra.

Esto mismo me lo tornó a decir con mucha seguridad por la noche, en la cena. Al siguiente día, al cuarto del alba, como si sus palabras fueran proféticas, sucedió que dos de los perros, que iban por guarda del chinchorro de cabras, embistieron en el monte a un pobre indio y lo maltrataron de suerte que le hicieron siete heridas. Al otro día hicieron lo mismo con otro que encontraron a su paso. Al tercero maltrataron a un indio de calidad que era el indio principal de la ranchería de Malibat. Que si no los socorren a estos pobres indios, los dos indios yaquis, que son los pastores, los hacen trizas. Viendo el

estrago que habían hecho, el cabo dio la orden de que los matasen. Me dispuse a sacrificarlos, pero me pidieron los soldados que no lo hiciese tal, porque:

—Es una lástima, Juanito, que los sacrificies pues tan buenas guardas de las cabras y de los indios es difícil de reemplazar en la California.

Los hice amarrar por los indios yaquis en la plazuela, cerca de la guardia para estarlos vigilando, pero en un descuido mío, por la tarde, uno de ellos cortó el mecate y embistió, a la puerta de su casa, a un indio ahijado del capitán del presidio, de suerte que si no salgo tan aprisa para auxiliarlo, lo hace pedazos. Cogí un alfanje y lo maté de muchas puñaladas y como cosa del demonio arrojé espuma por la boca. Haciendo esto, el otro perro comenzó a aullar como coyote, de un modo tan lastimero que puso a todos con los pelos de punta. Causando tal inquietud entre los indios del Real que casi se amotinaron, pidiendo al siciliano que también diéramos muerte al otro perro, y así lo hicimos, con lo que se sosegaron los indios. Los perros sirvieron de alimento de los indios.

Al día siguiente regresó el milanés con el capitán del presidio y estando su reverencia abrazándome dijo:

—Juanito, hemos hecho una gran cosa en este viaje, pues, además de haber bautizado a todos los niños de la rancharía de San Isidro, con mucho gusto de sus padres, hemos enviado al cielo el alma de un indio que, así que llegamos, le dio un desmayo a vista nuestra, y creyendo que estaba muerto le di los Santos Óleos. Hecho esto arrojé espuma por la boca, como si expulsara por ella al demonio, volvió en sí, entonces conocí que era un hechicero llamado en su lengua Ibo y le dije si quería ser cristiano, que lo bau-

tizaría a que me respondió, con mucho agrado, que sí, y llamándolo Isidro dio el alma a nuestro señor, quedando nosotros llenos de alegría.

Esto es lo que sucedió. Y digo, que los que conocieron al padre Francisco María Piccolo no se admiran de que hablase con profecía, porque fue tal su vida que se puede creer piadosamente que lo sabía por algún ángel.<sup>76</sup>

El vicio de la deshonestidad<sup>77</sup> no podía faltar en tierras sin policía ni Dios. En una ocasión, reparamos los soldados del presidio de Loreto que entre las mujeres gentiles que acudían por primera vez a la instrucción de la doctrina venía una, entre ellas, de bastante edad y respeto que, por el traje que traía de unas enaguillas de pita y nudillos de carrizo con la que se tapaba sus vergüenzas y según el adorno gentilicio que cargaba, y el modo de trabajar separada de los hombres, y sentarse con las piernas extendidas, era indicio de ser toda mujer excepto en el parir, pero según el aspecto de la cara, el no tener pechos y lo ya dicho, llamaba la atención.

Ante la inquietud de algunos soldados y españoles que quisimos averiguar el misterio, en preguntando los padres a algunos cristianos nuevos, les dijeron que era hombre, pero que no usaba de arcos ni flechas como ellos, que no iba cazar venados, que iba como mujer y siempre con ellas.

Los padres entonces llamaron al cabo de escolta, encargándole estuviese a la vista y tomase algún pretexto para

---

<sup>76</sup> Relación de Antonio García de Mendoza, capitán del Presidio Loreto despachada al padre Juan de Ugarte el 24 de marzo de 1969. Misiones de Baja California, I, en *El Occidente de México. Documentos sobre las Misiones Jesuíticas*, p. 409-410.

<sup>77</sup> Fray Francisco Palou cuenta el siguiente suceso acaecido en la Misión de Santa Clara hacia 1777: Fray Francisco Palou. En *Relación histórica de la vida y apostólicos trabajos del venerable padre Fray Junipero Serra*, Porrúa, p. 151-152, México, 1982.



llevarlo a la guardia, y si hallase ser hombre, le quitase todo el traje de mujer y lo dejase como el de los hombres gentiles, que es el de la completa desnudez, con las vergüenzas al aire, en el traje de nuestro padre Adán antes de pecar: así lo practicó el cabo, y quitándole luego luego las enaguillas, no sin resistencia y gran irrisión de nosotros que nos provocaba semejante espectáculo, quedó más avergonzado que si hubiera sido mujer.

Lo tuvimos en la guardia, haciéndole barrer la plazuela, dándole bien de comer; sin embargo, se mantuvo siempre muy triste y lloriqueando como lo hace una mujer, con fuerza y sin bastante causa. Estaba avergonzado de su desnudez a la que no estaba acostumbrado, aun siendo hombre, y después de haberle expresado que si quería ser cristiano no era bueno ir con aquel traje de mujer, y menos meterse entre mujeres. Pasado unos días de sermones llegó una viejecita a suplicar por el indio, que luego se supo era su hijo, acompañada de muchas mujeres que estaban con él, cuando lo hicieron preso. Se sentaron frente a la guardia, con los pies extendidos, como suelen hacerlo cuando quieren hacer las paces. Entregando como regalo una piel de gamuza bien trabajada, de color canela y con figuras curiosas, dijo la viejecita, en voz de un intérprete de su lengua laimona, que ellos vivían en una ranchería distante, que era ella la madre y que venía a suplicar por su hijo para que lo soltaran, que él era el único sostén de ella y que si no regresaba con los suyos ella moriría de hambre y tristeza. Se le dijo que se le entregaría pero que no era bueno que anduviera vestido de mujer y menos andar con las mujeres para engaño de los hombres con que se presumía estaría de concubito pecando, como en Sodoma y Gomorra, donde se practicaba todo género de vicios deshonestos contra el orden natural de las cosas.

Fue tanta la conmoción que la viejecita causó entre los soldados que el cabo, con la voz anudada y con lágrimas en los ojos, nos dio la orden de que le diéramos vestido de hombre, pero no como la de los gentiles que andan como Adán en el paraíso, sino vestido de indio cristiano para que se fuera con su madre. Le dimos libertad y se marchó a los montes como burro sin mecate, y jamás volvió a verse en la misión. Después, en voz de un soldado, supimos, no sin causarnos irrisión, que estaba en las rancherías de los gentiles como antes, en el traje de mujer. De aquí en adelante y después de conocerse el trato que recibió el indio, nunca se volvió a ver en las misiones, ni en las rancherías de los cristianos semejante mutación de la naturaleza. Causa ésta de que se erradicó el mal o sabiendo de que no era bien visto se ocultaban a los ojos de los soldados, misioneros y cristianos.

## *De los barcos de la California*

Como el Real y Presidio de Loreto y las otras misiones no podían mantenerse por sí solas salían constantemente los barcos a la otra banda para proveer el bastimento, los situados y las memorias para el presidio y marinería necesarios para el adelantamiento de la conquista. El viaje ordinario por mar desde Loreto a la contracosta se hacía regularmente de 9 a 12 días, sin que fuera necesario que los dichos barcos tocasen, ni vieran tierra, sino que el viaje era directo. Del puerto de Santiago de Matanchel, provincia de Nueva Galicia, salían regularmente embarcados los misioneros y también las limosnas, los situados para los soldados y las memorias que llegaban anualmente de México. Rara era la vez que salían de Acapulco y sólo cuando faltaban bajeles era forzoso se embarcasen los misioneros en los esteros de San Blas, Ahome, Chacala o el Yaqui, jurisdicción del Obispado de Guadalajara. Las embarcaciones que poseía la California, desde sus comienzos, eran la galeota llamada Santa Elvira, la fragata San Fermín y dos lanchas, el Rosario y San Javier.<sup>78</sup> Dos barcos grandes para conducir las memorias y situados y dos lanchas, una grande para la conducción continuada de bastimentos y víveres de las costas de Sinaloa y otras cercanas; sin embargo, muchas veces estuvo la California con una sola embarcación, con graves riesgos y no menos atrasos. Por esta falta de barcos bien abastecidos, dicho sea de paso, no se podían emprender los reconocimientos muy costosos y difíciles de la costa occidental sobre la mar del sur, tan repetidas veces encargados por su majestad.

---

<sup>78</sup> Miguel del Barco. *Op. cit.*, p. 400-401

Muchos fueron los servicios que prestaron estos barcos a la California y no pocas tribulaciones, como la galeota Santa Elvira, que estaba predestinada a servir a la California. Porque estaba muy vieja y podrida se había ordenado fuese conducida al astillero para darle alguna carena y pudiera servir cuando menos otro año, pero antes de que los oficiales reales y el carpintero de rivera pusieran manos a la obra, se fue a pique dentro del Puerto de Acapulco. Sin embargo, don Gil de la Sierpe Romero, tesorero del rey en el Puerto de Acapulco, con una celosa resolución, dio la orden de que la galeota se sacase del fondo del agua y se aderezase, aunque a los oficiales reales les parecía un gasto inútil y excesivo, diciendo:

—Vayan, sáquenla y prepárenla porque en ella ha de entrar la fe en la California.

Y luego con convicción agregó —Pues no me olvido como hombre de palabra que soy, de lo que le dije al venerable padre Juan María de Salvatierra cuando le di el último abrazo, que para esta obra de las Californias, su conversión y fomento, pediría yo limosna... y así nada me queda, y nada tengo, que no sea para ellas, y si es necesario venderé la camisa y de lo contrario haré escrúpulo. —Y luego con gran fe concluyó:

—¡Oh Dios! ¡O mi padre! Destruyase el ídolo de las gentes de la California y viva Jesús y María, y muera yo en la demanda.

En cuanto ocurrió la muerte de don Gil de la Sierpe, el padre milanés vio, en la California, cómo cincuenta angelitos californios bien vestidos lo acompañaron a las puertas del cielo. La noticia de su muerte llegó, como siempre sucedía, tiempo después de que el padre milanés contó el

suceso entre los que se encontraban con él. Con su muerte, los oficiales reales negaron la galeota, por concederla a los que iban al buceo de las perlas, sin embargo, como predestinada que estaba a servir a la conquista de California, se volvió a lo profundo del mar, sin que pudiese ya servir.



### *El naufragio de la lancha San Javier<sup>70</sup>*

Por el año de 1709, la mala noticia del naufragio de la lancha San Javier se recibió en la California pocos días después de ocurrido, a fines de agosto del mismo año, con la llegada de una lancha de pescadores de perlas, llamada San Antonio, dijeron los mensajeros al capitán don Esteban Rodríguez Lorenzo:

—Hemos visto la lancha San Javier varada y hecha pedazos en la playa de los indios de la nación seri, 60 leguas más arriba del yaqui, entre gentilidad indómita. En la canoa que llevaba la lancha salieron el arráez y los marineros, huyendo de miedo para salvar la vida, llegando a San José de Guaymas con el padre Juan Manuel de Basaldúa.

<sup>70</sup> *Juan María Salvatierra y los seris 1709-1710*. Paleografía, introducción y notas de Luis González Rodríguez. El autor menciona que es una carta muy larga, 33 fojas que se encuentra en el Archivo General de la Nación, Ramo Historia, Tomo 308, abarcando los folios 389-403. Documento en PDF. En Internet.

Luego con la calma y ya sosegados regresaron donde estaba la lancha para enterrar en la playa lo que se había salvado y con trabajo fueron a dar al yaquí adonde pidieron socorro y con algunos indios volvieron a la lancha. En llegando toparon con que dos indios gentiles habían robado toda la ropa y víveres que habían dejado enterrado.

La noticia fue escuchada por los niños, tanto españoles como californitos, que ante la novedad la hicieron de pregoneros, gritando a corrillo y por todo el Real:

—¡La lancha San Javier ha naufragado! ¡La lancha San Javier ha naufragado!

Con esta desagradable noticia convocó el milanés a todos los misioneros y al capitán del presidio para pedirles pareceres sobre cómo ir por el rescate de los náufragos: el arráez, los marineros y la lancha San Javier, así como de los bastimentos que eran muchos y muy necesarios a la California. Por esos años estaba atravesando, como llevo dicho, por la peor hambruna padecida en la California, que desde los tiempos del almirante don Atondo de Antillón no se había tenido. A pesar de que el apóstol y el hermano Jaime Bravo se ofrecieron para salir al rescate, junto con el capitán don Esteban Rodríguez, el milanés Juan María de Salvatierra insistió que se quedasen porque eran más necesarios en las reducciones que en el rescate. El milanés decidió salir solo en compañía de unos indios californios, muy a pesar de hallarse convaleciente de piedra en la orina desde hacía tiempo y saberse que era ir a cosa tan trabajosa como lo era procurar el reparo de gente perdida en tierras indómitas y poco conocidas, así como de rescatar la lancha y los bastimentos que eran tan necesarios en aquellos tiempos.

Habiéndose resuelto que fuese la fragata el Rosario a San José de Guaymas con todo género de pertrechos y oficiales de fábrica y de allí se despachasen en canoas o se arrastrasen por mar en balsa los trozos y todos los pertrechos, se embarcó el padre Juan María de Salvatierra con dos indios californios, el 6 de octubre del mismo año. Velejaron con viento favorable. Llegó dos días después a dar fondo en el puerto de Guaymas, de ahí se trasladó al nuevo pueblo de San José de Guaymas, distante tres leguas del puerto, en donde fue recibido por el padre Juan Manuel de Basaldúa, algunos indios californios que estaban en la misión y los nuevos cristianos con mucha fiesta y alegría. La misión de San José de Guaymas era el pie que la California tenía puesto en Nueva España.

Consultados por el padre milanés la gente de mar y prácticos de esas costas sobre la pertinencia de ir en el Rosario a socorrer a los náufragos, tuvieron por impracticable poder llevar con la canoa los trozos y pertrechos a donde estaba la lancha varada por ser mayor la distancia de lo que se suponía y los vientos, ya generales, en contra.

Resolvieron todos que era mejor que fuese la fragata al puerto Antiguo Desierto de San Juan Bautista y se arreglase el viaje para que ya no hubiese pretexto ninguno. Confiando todos en Dios y su Madre, decían:

—Son tiempos buenos para descubrimiento de puerto.

El padre vio tanta fe en toda esa gente que, aunque la fragata corría algún riesgo de perderse con todo y su gente de mar, pero por ser único medio para levantar la lancha San Javier, trató a que se arriesgase la jornada de mar y resolvió adelantarse él por tierra con los oficiales y con algunos indios californios e indios upanguaymas de San Joseph de



Guaymas para ver los daños de la lancha y prevenir ramadas y otras cosas para el trabajo. Salió el padre de San Joseph de Guaymas a 18 de octubre, arreando ocho cabras y dos carneros como comida viva y cargando en una mula sus trastecillos y una fanega de maíz. Caminó como ocho leguas de bastantes atascaderos por haber, pocos días antes, llovido mucho.

El día sábado 19 de octubre, recordaría el padre con alegría y nostalgia que hacía doce años exactos en que había plantado el pie en Loreto Conchó de Californias, día de San Pedro Alcántara, que asimismo había caído en sábado. Había dejado instrucciones al apóstol de la California de que muy a pesar de las tribulaciones y falta de bastimentos no dejara de hacer los festejos acostumbrados en este día tan importante para la California cristiana. Habiendo recordado este día tan glorioso para la California y para la memoria, el padre caminó por la mañana cuatro leguas para llegar a una cañada ancha poblada de arboleda, que era ya de la pertenencia de los indios upanguaymas. Este paraje tenía sauces bastantes y ojos de agua aun en tiempos de secas, según le dijeron los indios que lo acompañaban.

No topó con gente por el camino, y dudando si toparía agua más adelante paró en dicha cañada, en donde a la hora de comer le alcanzó un indio cristiano a caballo que había despachado el gobernador de Guaymas, a quien desde el yaqui remitía el padre Juan de Basaldúa cinco panes a la buena dicha de si lo alcanzaba porque, en tierras nuevas y de gentes enemigas, se suponía faltaría la correspondencia, así de cartas como de poder ser el padre socorrido y así le escribía el padre Basaldúa:

“Si llegan los cinco panes que le envío, será de puro milagro, porque antes está la tentación del demonio y

después la natural inconstancia de los indios." Después de leer la carta, urgó en las viandas, no sin sospechar en lo vano de la acción, pues creía, al igual que el padre Basaldúa, que sólo un milagro haría que los panes llegaran a sus manos. Hurgó con estos pensamientos en la alforja en busca de los panes y se alegró de verlos, exclamando: ¡Jesús, María y José! Así por reconocer la fidelidad de los indios guaymas como porque escaseaban ya los tamales que los pobres indios cristianos de San Joseph de Guaymas le habían hecho para su camino. Aquí reconoció el milanés su flaqueza, y para descanso de su conciencia repartió los cinco panes entre sus indios californios y upanguaymas que lo acompañaban y también comió él un trozo que le supo a gloria.

Después de una larga jornada por tierras cenagosas y desconocidas, llegó por fin el padre con sus ocho cabras y los dos carneros, así como con media fanega de maíz con que socorrerlos (la otra mitad se la hurtaron los mismos upanguaymas). Fue recibido con salvas por los náufragos que se alimentaban ya de semillas del monte y verdołagas cocidas en agua. Al verlo corrieron hacia él hincándose y besándole las manos. Exclamando al unísono:

—¡Gracias a Dios estamos salvados! Gracias padre, gracias.

Toda la gente de mar dijo que sólo por el amparo de la Madona y San Francisco Javier no cundió el fuego a todo el barco porque estaba una parte sobre el agua y la otra enterrada. Sólo se dudaba si estaría quebrada la quilla, que al no estar quebrada todos se animaron y cobraron esperanzas de recuperar la lancha San Javier, sobre todo el arráz Agustín Hernández que era el que más apego le tenía. Los indios le habían quemado el timón para sacar los hierros

del barco, que a golpes de piedras habían desprendido muchas tablas que estaban aventadas, y por los golpes de mar en costa brava se habían quebrado muchos costillares o barraganetes y provocado otros daños. También, los indios, habían empezado a quemar arriba, cerca del paño de popa, para sacar la cadena y clavos.

Volvieron otra vez a la necesidad de bastimentos y aun mayores porque acabada ya del todo la carne de las cabritas y carneros, se acabó también el maíz y ni el viento daba lugar a pescar. Para el 31 de octubre no tenían ya para cenar, cuando al cuarto del alba se vio venir gente de a caballo a llevarles socorro. Cuando se fueron acercando y hicieron todos su salva, reconocieron que era gente española del Real de Guadalupe del Aguaje, distante de la playa como 30 leguas en terreno llano pero cenagoso, que venían acompañados por su capitán don Javier de Valenzuela, quien antes había estado en la California sirviendo en el presidio y por eso estaba agradecido de los favores recibidos por la Madona de Loreto. Lloraron de ternura al verlos tan desamparados, tanto más que ya se habían ido, esa misma mañana, los quince indios upanguaymas de la nación yaquí a sus tierras, por una parte bien pagados por sus trabajos con paños y frazadas, y por otra por no sentirse seguros en tierras de indios enemigos y por saber que los náufragos y el padre eran gente desdichada tirada en esa playa que no tenían nada que dar.

Los españoles luego sacaron lo que traían que era mucho maíz para la gente y los regalos que enviaban las mujeres españolas al milanés Juan María de Salvatierra, con lo que le demostraban el cariño que le tenían. Enviaban tortas y bizcochuelos preparados por ellas que sólo alcanzaron para esa noche. Supusieron los náufragos que traían carne en abundancia pero luego se supo que por ha-

ber salido a la ligera sólo traían para el camino y los regalos dichos. Amaneciendo al día siguiente el capitán Valenzuela se despidió dolido del desamparo y la dificultad de llevarles pronto un socorrillo para tanta gente. Pero quedó apalabrado de remitir a la playa, con expertos vaqueros españoles, veinticuatro reses para hacer la matanza de una vez y aviar las dos embarcaciones y llevar un socorrillo de carne a la California que se encontraba desamparada, a su vez el padre se comprometió a ir al Real para decir misa a los españoles.

En eso estaba cuando llegó a la tienda Agustín Hernández, el arráez del barco varado, diciendo que venía uno a caballo por la playa del norte, que parecía el indio mayordomo del padre Fernando Bayerca, y de hecho era y traía cartas del padre donde se decía que enviaba socorro que había dejado a bordo de la fragata el Rosario que estaba en el Puerto Antiguo Desierto de San Juan Bautista. Dicho socorro consistía de tres fanegas de trigo, un tercio de harina y un costal de pan y una carga de carne con otros regalitos. Decía también que en toda la tierra de Sonora había carestía de bastimentos por lo que se hallaba en la imposibilidad de poder enviar más socorro.

Con toda la ayuda de gente española se acabo de arriamar el barco varado para poder trabajar en él y así, teniendo ya bastimento para tanta gente y dejando en buena corriente ya la fábrica y alentada la gente, salió el milanés con el indio mayordomo del padre Bayerca al puerto donde estaba la fragata el Rosario, como a tres leguas de allí. Topó con la gente de mar de la fragata el Rosario que había echado fondo frente a las tierras de los seris playanos y para darles confianza a estos, el milanés decidió vivir en tierra y pasar la noche con ellos y unos californios que lo acompañaban. La gente de mar, muy alentados por el feliz

encuentro, construyó un gran balsón con trozos de robles y otros árboles que habían cargado en la misión de San José de Guaymas para llevar los pertrechos y cables para la fábrica de la lancha San Javier. Salieron con él, remolcándola a fuerza de remos con la canoa grande. Estando en medio de la mar brava arreciaron los vientos contrarios, provocando que la cuerda se rompiera y quedara el balsón a la deriva con un pobre marinero a bordo. Por fortuna el viento la empujó hacia la costa varando media legua más debajo de donde estaba la canoa grande, y sin perderse nada, en tiempo manso se condujo todo. Mientras el padre milanés dijo misa en tierra de los seris, acudiendo a ella gente de varias rancherías. Días después llegaron las veinticuatro reses prometidas por el capitán Valenzuela y le pareció al padre la ocasión propicia para convidar a la matanza de las reses a los niños y niñas cristianos seris, pimas y upanguaymas, sabiendo que si iban estos, también irían los indios adultos acompañándoles. Con los niños vinieron sus padres, sin recelo de los demás indios.

La gran matanza de las reses se hizo en la playa de San Javier, con gran alegría y participación de los indios, obedeciendo a todo lo que se les decía, llevando lo que no servía para tasajear, espantando las moscas que eran muchas y trayendo agua para lavar la carne. Al final se dijo misa, se bautizaron algunos parvulitos y se dio una gran comilona, estando juntos por primera vez los indios seris, pimas y upanguaymas. Allí se hicieron las paces con gran alegría, prometiendo a los seris que pronto tendrían padres misioneros que los cuidasen y enseñasen como a los demás.

Con todo, tuvo el padre la alegría de ver que ya los oficiales y gente de mar iban acabando con la fábrica del barco naufragado, pero el cuidado que ahora tuvo es que

tenían mucha carne pero se estaba acabando el trigo y los bastimentos dados por el padre Fernando Bayerca.

Con este cuidado salió del Puerto Antiguo Desierto de San Juan Bautista al Real de Guadalupe del Aguaje para cumplir su palabra de visitar a los españoles y decir misa. En este viaje el milanés logró endulzar la fiereza de los seris, hacer las amistades entre ellos y los punas, y aun moverlos a pedir misiones y entregar al bautismo en esa confianza a muchos de sus párvulos, recobrar parte de la hacienda que habían desenterrado los seris que le fue entregada después de una gran labor de convencimiento, componer la lancha, reconocer a la vuelta algunos pasajes importantes de una y otra costa, y dar la vuelta a Loreto con algunos socorros, de que ya se padecía cuasi extrema necesidad. Con la comunicación de la mar por el puerto y de la lancha varada se descubrieron todos los escondrijos de esas gentes indómitas que, no conocidas, vivían como fieras feroces. El milanés y los náufragos fueron recibidos en la California con salvas, toques de campanas y mucha alegría.

## ***Naufragio y muerte del padre Benito Guisi***

**E**n el puerto de Matanchel ya esperaban impacientes la llegada del padre Clemente Guillén para pasar a la California en la nueva embarcación llamada San Joseph que se iba a botar del astillero. Esta embarcación tenía dos años fabricándose bajo la asistencia del padre Francisco Peralta y supervisión del padre Juan de Ugarte, que de vez en cuando iba para saber el estado de la construcción. Era el orgullo del padre Peralta que había aguantado durante su fabricación el clima maligno del lugar por los muchos mosquitos que los indios naturales llaman comején y el genio agrio del maestro constructor que en todo momento refunfuñaba por las constantes lluvias que le impedían trabajar o porque los calafateros no preparaban bien el pez o porque sus carpinteros se embriagaban, el caso es que su mal humor estribaba en que se tenía que ajustar a un gasto de 22 mil pesos como lo habían acordado. Pero a pesar de las adversidades y a que el padre Juan de Ugarte, que pasó en varias ocasiones para ver el adelanto de la obra, intercedió con el constructor llegando a un acuerdo justo para conseguir algunos materiales a precios bajos, el barco por fin estuvo terminado. Se embarcaron en él los padres Clemente Guillén, Benito Guisi y Jacobo Doyé. Benito Guisi iba destinado a la California y Jacobo Doyé a Sinaloa. A poco de navegar se conoció lo malo de su construcción y del mal tiempo; el barco no tenía escora y aguantaba poco los masteleros y con los tumbos que daba el mar y con vientos contrarios en la noche de la Purísima Concepción empezó a dar handazos y a cabecear, a capricho del viento, ya a la una, ya a la otra banda del seno californio. El timón no respondía y el viento, aunque no era tormentoso, sí lo era para estos bandazos. Los padres rezaron pidiendo a la Madona la lauretana intercediese por ellos para pasar

el mal momento. En uno de estos bandazos zozobró y se fue a pique la mitad de la embarcación que se partió en dos. Los padres asidos en la popa, con las ropas empapadas de agua y con el rosario en la mano, rogaban por sus vidas: los marineros echaron al agua una pequeña canoa donde escaparon de morir ahogados seis marineros, sin consideración del peligro que corrían los demás. Los que quedaban asidos a la popa desatracaron luego una canoa, sin remos ni cubierta, que echaron al agua escapando en ella milagrosamente el padre Clemente Guillén, el padre Jacobo Doyé y 20 marineros. Pasaron a la deriva dos días buscando llegar a la costa, que se veía distante, empapados por las lluvias que no paraban, soportando el frío de la noche con la ropa mojada y sin alimentos ni bebidas. Los padres rezaban por el alma del padre Benito Guisi que por tener en sus manos el rosario asido fuertemente y no quererlo soltar no pudo asirse de la popa ahogándose con seis marineros que lo acompañaron en su viaje a la otra vida.

Después de dos días de hambre y de continuo trabajo, llegaron a dar fondo a la costa de Sinaloa, no lejos del pueblo de Tamazula, en donde fueron socorridos.

Con esta pérdida se malograron las prevenciones que tenía el padre provincial Juan de Ugarte para el descubrimiento de la contracosta y formar misión en el Puerto de La Paz.

La lancha llamada San Javier que había servido a la California por 22 años estaba en tales condiciones que daba lástima, tanto que el contra maestre, que en los últimos años la había gobernado, llegó con gran pena y bajando los ojos a decir al padre Juan de Ugarte:

—Padre, perdone usted mi atrevimiento, pero vengo a despedirme.



Respondió el padre muy sorprendido:

—Ha ocurrido una desgracia, hijo mío.

—No padre, pero antes de que ocurra una desgracia mayor como la ocurrida en la playa con los indios seris y el naufragio del padre Benito Guisi.

—Por qué dices eso tú, si has gobernado a la lancha San Javier durante tantos años y nunca, gracias a Dios, te ha sucedido nada.

—Lo digo porque la lancha, padre, está tan vieja que anda sobre el agua de puro milagro y yo, ya no me atrevo a andar en ella y no habiendo otra embarcación de que echar mano, prefiero despedirme. Quizá, padre, otro se alentaría a hacerlo, pero yo no.

Diciendo esto, el contramaestre derramó no pocas lágrimas de tanto apego que tenía a la lancha y a su trabajo que siempre lo desempeñó con tesón.

El padre Juan de Ugarte le dijo, animándolo, que no desesperase que él pronto iría a México a dar noticia de la gran necesidad que tenían de embarcación en la California, por el peligro que había no sólo de quedar la lancha en su travesía a la contracosta sin tener en que dar aviso, sino en quedarse la California sin los bastimentos, los situados y las memorias.

No fue difícil conseguirlo a poco precio de la piedad del excelentísimo señor virrey, duque de Linares, aunque poco después les siguió la desgracia que a todos los demás.

## ***Dos entradas al Puerto de La Paz***

**P**uso lo más presto que pudo el padre milanés en ir él en persona con el capitán del presidio, algunos soldados de cuera e indios amigos de Loreto Conchó y yo. Llevaba el milanés tres indios guaycuros que tiempo atrás había liberado del poder de algunos buzos de Nueva España, que los tenían como sus prisioneros. Pagando por ellos un precio justo y a quienes habiendo regalado bien en Loreto, y hecho testigo de la suavidad y dulzura con que se trataba a los naturales, pretendía tentar por medio de ellos para atraer a la nación de los guaycuras. Embarcados todos en el barco perulero llamado Guadalupe y en la lancha San Javier y sin contratiempos, llegamos a la bahía de la Paz, en donde al arribo de la embarcación en el puerto topamos con algunas partidas de guaycuros de la nación de los aripes, que andaban por la costa, y al vernos sin esperar que desembarcáramos se pusieron en fuga. Los indios flecheros de Loreto que nos acompañaban se echaron al agua y los siguieron, con precipitación, como a enemigos. No pudieron dar alcance a los indios que se adentraron en el monte, sino a algunas mujeres, que asustadas les acometieron con piedras. Ellos, vueltos a su natural ferocidad, no tuvieron vergüenza de manchar sus manos con la sangre de aquellas infelices a las que dieron muerte. A este tiempo llegaron los soldados, y dificultosamente pudieron serenarlos, y menos aún detener a las fugitivas guaycuras que corrieron a dar la noticia a sus maridos. El padre reprendió ásperamente a los suyos, y conociendo a éstos justamente irritados con aquel agravio y esperando el movimiento atroz de su venganza, y no habiendo esperanza de hacer efecto las proposiciones y consejos de paz, nos volvimos con todo el dolor del Puerto de La Paz al presidio de Loreto, difiriendo la conversión para otro tiempo.

Se contentó él padre Juan María de Salvatierra con enviar a los tres guaycuros prisioneros cargados de doncellas y encomendados de manifestar a sus paisanos los fines de su venida, y cuanto había sentido la inconsideración e imprudencia de sus neófitos: que esperaba volver a ellos en mejor ocasión, y darles a conocer cuanto los amaba. En llegando a Loreto se supo de nuestra malograda expedición y el capitán de Mar y Guerra castigó a los indios flecheros con azotes por la bestialidad con que actuaron y el milanés les dio el castigo de la penitencia pública.

En otra ocasión fui también con el capitán de Mar y Guerra de las Californias don Esteban Rodríguez Lorenzo y nos sucedió lo mismo que en el antecedente viaje, topar con los aripes y no lograr los fines de nuestra expedición. No topamos con los callejués por más que anduvimos por donde acostumbran ranchar, sólo encontramos huellas frescas de ellos como que nos hurtaban el camino. Regresamos al presidio de Loreto con la mala noticia de la frustrada expedición y diciéndole al padre que habíamos topado con los aripes dijo:

—El señor ha reservado, para otra ocasión, esta empresa al apóstol Juan de Ugarte.



### *El naufragio profético y muerte del milanés*

**E**n aquellos días se le notó al padre milanés un rostro afligido y macilento. Pasaron días en que iba y venía de la playa al altar mayor de la iglesia, se postraba ante la Madona la lauretana suplicante para luego salir y dirigirse a la playa parándose frente a la mar. Miraba ya a lontananza, ya al cielo. Estaba fuera de sí, como que tenía presente algún horrendo espectáculo. Todos notábamos su congoja y su desmayo de ánimo. El capitán del presidio y los soldados guardaban silencio, como si nada pasara. El hermano coadjutor Jaime Bravo, que siempre lo acompañaba en lo temporal y espiritual, tampoco sabía nada de las tribulaciones del padre, sólo lo había visto en una ocasión en tal situación cuando la soledad del desierto lo llevó a padecer una noche oscura del alma.

No se descubrió el misterio hasta que el milanés escribió una carta al padre Gaspar Rodero, en donde le daba trato como a un provincial, lo que todavía no era, ni se sabía que lo sería. En ella le decía cómo un viejo hechice-

ro de la California, recién convertido al cristianismo, vio en sueños proféticos el naufragio de uno de los barcos de la Flota de Vigo que iba en la mar camino a España en la que morían ahogados los procuradores Pedro Ignacio de Loyola y Antonio de Figueroa y Valdés. Añadía en la carta que, en un principio, dudó de las supercherías del viejo, pero que pocos días después, no pudiendo estar en paz consigo mismo y con nadie, decidió celebrar por ellos una misa y que yendo de sus aposentos a la iglesia se le había aparecido el ánima del padre Francisco Arteaga, provincial que había sido, y poco antes difunto, diciéndole:

—Ya, gracias al Señor, el padre Pedro Ignacio Loyola está conmigo, aunque por el tiempo que fue superior se ha detenido algo más en el purgatorio para pagar sus pecadillos.

Al siguiente mes de noviembre llegó a Nueva España la noticia del naufragio y muerte de los padres dicho. Por el mismo tiempo, habiéndose cumplido, el 14 de octubre de 1715, el trienio del padre Alonso de Arrevillaga, se abrió el nuevo pliego de gobierno en que venía nombrado provincial el padre Pedro Ignacio de Loyola. Se ignoraba aun en México por este tiempo el naufragio profético del milanés por la dilación en llegar la carta. Abierto el pliego *casu mortis*, se halló nombrado provincial el padre Gaspar Rodero. Cumpliéndose así el naufragio y nombramiento profético del viejo californio.

Por marzo de 1717 llegó a la Misión y Presidio de Loreto el padre Nicolás Tamaral, enviado de los superiores para la proyectada Misión de la Purísima. Traía una carta para el padre provincial Juan María de Salvatierra. En ella era llamado a México por el nuevo virrey de Nueva España don

Baltasar de Zúñiga, marqués de Valero, para que informara el estado de las misiones y providenciar los negocios que traía de la corte sobre la Misión de California: le pedía que procurase pasar cuanto antes a México deseoso de fundar colonia en la contracosta y presidio para abrigar a la nao de Filipinas.

Por los encargos señalados en dicha carta, convocó a junta a todos los misioneros y como resultado de ellas y después de muchas deliberaciones se redactaron dos escritos. Con estos propósitos salió, aunque se hallaba, hacía tiempo, aquejado de mal de piedras, resolvió hacer el viaje por el bien de la cristiandad de la California. Se embarcó para la Nueva España el último día de pascua, en el mes de abril, dejando como superior del presidio y de las misiones al padre Juan de Ugarte, con ocho misioneros empleados en la asistencia inmediata de aquellas nuevas cristiandades.

Salió en compañía del hermano coadjutor Jaime Bravo.<sup>80</sup> Se arrojó a un largo y peligroso camino por mar y tierra; el viaje por mar se hacía de ordinario entre nueve a doce días y la distancia que había del referido puerto a Guadalajara son de sesenta y tres leguas de caminos que todo el año se trajinaban. Después de atravesar a la otra banda dieron fondo en el puerto de Matanchel. Con la agitación del viaje se le agravaron los males aunque velejaron con vientos favorables. Muy a pesar de sus dolencias sacó fuerzas y cabalgó en mula hasta Tepic. He visto siervos a caballo y príncipes que andaban como siervos sobre la tierra, éste último era el padre milanés, del que guardo los mejores recuerdos y sabios consejos.

---

<sup>80</sup> Miguel del Barco, *op. cit.*, p. 404

En el camino muy caído de fuerzas se detuvo, de trecho en trecho, para darle al hermano Jaime Bravo sus últimas recomendaciones para que no dejasen desamparados a sus queridos hijos los californios. Haciendo hincapié en los dos escritos que llevaban, diciendo:

—Yo, como pobre viejo e inútil y de embarazo en este mundo, ya no puedo hacer nada, ya entendí que mi vida está por acabar, pero confío en vos para que hagáis llegar los dos escritos al virrey.

Llegando a Tepic se agravó su enfermedad, pero con su grandeza de espíritu puso por delante de sus ojos la pasión de Cristo Nuestro Señor y siguiendo sus pasos no sentía tanto los tormentos del dolor que le causaban sus pies hinchados. Hizo memoria y repaso de los tormentos de la pasión de Cristo: ciento cuarenta puntapiés que le dieron en toda su pasión; ciento veinte puñetes y en la boca treinta; ciento dos bofetadas; veinte y ocho golpes en el pecho; trescientas cincuenta veces repelaron el cabello de su santísima cabeza; setenta veces tiraron los pelos de su santísima barba; tuvo en su santísimo cuerpo cinco mil cuatrocientas y setenta y cinco heridas; las gotas de sangre que derramó fueron setecientas treinta mil quinientas; las lágrimas que por nuestros pecados vertió fueron seiscientas dos mil. La remembranza eran para él un bálsamo, pero era tan grande el suplicio de los pies que llegó el momento en que era mayor el impedimento que su voluntad y no pudiendo caminar, fue cargado en alto en una parihuela por los indios, de población en población, hasta llegar a la ciudad de Guadalajara, donde corrió la voz de que caminaba enfermo. Salió la gente a recibirlo y conducido en procesión a la capilla de Loreto, donde lo acomodaron. Durante el suplicio de su caminata, su fiel acompañante el hermano y después padre Jaime Bravo

rezó setecientas setenta veces el rosario pidiendo por su salud y pronta recuperación.

Duró en agonía dos largos meses muriendo el día ocho de julio de 1717 a los sesenta y ocho y ocho meses de edad. En su entierro se vieron las demostraciones de sus fieles con las mayores honras, porque los que fueron como él, el mismo eclesiástico los llama: *Homines divites en virtute*,<sup>81</sup> hombres abundantes y ricos en la virtud enriquecen a los demás en su memoria: le besaban con veneración los pies y manos; se tocaron rosarios, se le destrozaron sus vestidos y ornamentos, le cortaron los cabellos de modo que fue menester amortajarle de nuevo y el obispo de Guadalajara mandó, a sus expensas, colocar la mortaja en una caja de plomo, y hubiera procedido a más la piedad de los fieles, si los padres no dan la orden de apresurar el entierro. A su funeral asistieron, sin ser convidados, el cabildo y la audiencia con su presidente.

En la California se le lloró largo tiempo, haciéndosele unas honras fúnebres, misas y rosarios que celebró su apóstol, como él solía referirse del padre Juan de Ugarte. Yo aunque lo conocí poco recibí su bendición y tantos beneficios que al momento de escribir esto no dejo de derramar lágrimas de desconsuelo. El regreso del padre Jaime Bravo al presidio de Loreto acordó a todos la memoria del padre milanés Juan María Salvatierra.

Tanto los padres como los soldados, españoles e indios, gustábamos de oírle referir las circunstancias más menudas de su enfermedad y muerte, y floraban al oír las humildes expresiones con que había suplicado al hermano

---

<sup>81</sup> Cf. Eclí, XLIV, 6.



pidiese perdón a todos de sus malos ejemplos. El padre Jaime Bravo, siempre que llegaba el aniversario luctuoso del milanés, gustaba decir:

—Es seguro que pronto ha alcanzado la playa de la eterna bienaventuranza, después de haber cruzado a vela, por el puro amor de Dios y el prójimo, más de veinte veces el mar de California y haber expuesto su vida con tanta frecuencia, para socorrer a otros.

El hermano Jaime Bravo, con sus poderes e instrucciones, se siguió a la capital a negociar e informar sobre el estado de las misiones. En esta junta compuesta de dos oidores, dos contadores del tribunal de cuentas, dos oficiales reales, el fiscal de su majestad el padre provincial de la Compañía, el padre Alejandro Romano y el hermano Jaime Bravo, como procuradores de la California, se leyeron los dos escritos dichos en donde, en uno daba razón de la naturaleza y cualidades del terreno, costumbres y número de sus habitantes, misiones fundadas, y su gobierno político y militar; en el otro proponía diferentes medios para la conservación y aumento de aquella cristiandad: se proporcionaran a la California: mayor número de soldados pues el de 25 plazas era cortísimo para adelantar los descubrimientos de la tierra sin dejar lo reducido y dilatarse a nuevas reducciones; un barco mayor, para transportes de ganado y caballos y para los descubrimientos de mar; un barco menor para cualquier acontecimiento y que pudiera acercarse a las costas, y un destacamento de quince soldados subordinados al capitán de Loreto, para ir sujetando a los indios del Puerto de La Paz. En ella se resolvió que: corría por nuestra cuenta el descubrimiento de la contracosta y para ello se concedió el pago de algunas plazas de soldados y la compra de un barco perulero.

Se reguló la paga de los presidiarios sobre el pie de diez y ocho mil doscientos setenta y cinco pesos y cuatro reales y que se comprase una embarcación perulera con un costo de cuatro mil pesos de oro común. Habían pedido fuera de esto los padres se pusiese algún presidio de pocos soldados en el Puerto de La Paz; que se hiciese una especie de seminario para la educación de los indiezuelos, y que las salinas de la isla del Carmen, fronteras al Real de Loreto, se diesen para el culto y fiestas de la Santísima Virgen.

Los dos últimos puntos, como regalías propias de los señores virreyes, se dejaron al arbitrio de su excelencia.

En consecuencia de las órdenes motivó al padre Juan de Ugarte a la exploración de dicha Bahía de la Magdalena porque deseaba su majestad nuestro católico monarca don Philipo II, con cristiano anhelo, proveer de escala en las costas de California a sus vasallos cuando navegaban de Filipinas a Nueva España. En la que con los refrescos de tierra y sano clima como lo es el de estas tierras en todo lo que hemos visto, se evitaran las muchas muertes que les ocasiona el mal de loanda o berven. Claro está que atendido el piadoso celo de nuestro invicto rey, fuera de ser su mayor agrado el que sus vasallos hallasen cincuenta o más leguas antes de la Bahía de San Bernabé, que está en el Cabo de San Lucas, el refresco y la salud como sucedería estando poblada esta Bahía de la Magdalena.

Salimos el padre Jaime Bravo en compañía del capitán, una escuadra de soldados y yo. La muerte violenta de dos soldados y grave enfermedad de otros dos por haber comido el bótete, pescado ponzoñoso, nos hizo retroceder al día tercero para el entierro de los muertos, y curación

de los enfermos. Dejando para otra ocasión la entrada como referiré a Vuestra Excelencia más adelante.



### *El triunfo de la Santa Cruz*<sup>82</sup>

Por las grandes dificultades que se tuvieron con las embarcaciones como llevo dicho y porque la fábrica de un barco en la costa de Nueva España era costosísima y muy incómoda a la misión, el padre Juan de Ugarte siendo superior de las misiones, determinó fabricar una balandra en la California, empresa que se antojaba poco menos que imposible.

Hacia poco que se había encontrado un bosquecillo de árboles de los que no se tenía noticia de ellos en la California, ni en lugar alguno de Nueva España, eran de un género parecido al roble llamados en la lengua de los cochimí *guérribos*. El dicho bosquecillo se descubrió en una de las sierras nombradas por los naturales *Guanassipí*, lugar distante 30 leguas al noroeste de la playa más cercana a la misión de Mulegé. Y propicia para astillero.

<sup>82</sup> Carta del p. Juan de Ugarte al p. Francisco Maria Piccolo. Santa Rosalín de Mulegé, California, 18 de noviembre 1719. En Informe del Estado de la Nueva Cristianidad de California 1702 y otros documentos. *Op. cit.*, p. 333-345

Construir una balandra no era empresa fácil y mucho menos en un lugar tan estéril y falto de maderaje como lo es la California. Pues todas las naves grandes y pequeñas son compuestas, de muchas tablas y diversos palos juntos, con fuerza de clavos, estopa y brea.

En llegando al bosquecillo de güerigos que se encontraba entre altos cerros sin veredas y profundos barrancos, dijo el padre Ugarte al medio constructor:

—Teníamos noticias, capitán Guillermo, de que eran dos los bosquecillos de güerigos, pero ahora son cuatro las calles de la amargura, porque se han topado otros manchones de ellos en diversas partes. La Cruz de Cristo, según opiniones, dizque se componía de cuatro diversas maderas, ya tenemos en cuatro lugares madera para la cruz.

Estando en la primera cañada de güerigos, en la Sierra de Guanassipí y cansado de una larga jornada a ratos a pie y a ratos cabalgando, dijo el medio constructor:

—Jamás he fabricado barco alguno, me había ofrecido a hacer cuanto alcanzase por ayudar a la misión, pero esto no es posible. La playa dista treinta leguas de aquí, en montes altos muy quebrados y sin veredas y aun cuando lo demás no lo fuese, sólo el sacar de esta profundidad un palo de estos no se hace con mil peones y cien recuas.

El padre, con grandeza de espíritu, le dijo:

—Lo he traído a usted conmigo capitán para que reconozca si los árboles son o no a propósito para la fábrica, que la martillada y golpes corren por mi cuenta, que lo han de empezar a dar.

El constructor, avergonzado por su debilidad de espíritu y por la intrepidez del padre, vio con detenimiento los árboles, que son muy parecidos al álamo blanco, hizo tumbar uno, lo palpo y luego de meditar un poco ordenó al carpintero de rivera que hiciera un corte longitudinal. Le entregaron el corte y hallando que su madera era pesada, sólida y a propósito para construir la embarcación, dijo:

—Sí son muy a propósito, padre —y luego agregó para componer el mal trago pasado—: La quilla, padre, que es el primer palo, principio y fundamento de una embarcación, conviene que sea muy derecha; si pudiere ser de sola una pieza, será mejor. Por ello conviene, padre, saber de qué tamaño quiere que haga su barco. Porque ha de ser medido y escogido el primer palo conforme al grandor que se tuviere determinado que han de tener las demás medidas del mismo barco.

—Lo dejaremos a la suerte, será del tamaño del árbol más grande y derecho que se encuentre en la California cristiana —luego, lleno de emoción, dijo—, porque si el árbol cae hacia el sur o hacia el norte, en el lugar donde caiga ahí se quedará y si las nubes están llenas de lluvia sobre la tierra la derramarán.

El padre ordenó al cabo de la escuadra que buscasen el árbol más grande y derecho. Regresaron gritando:

—Padre, padre, que hemos hallado uno.

Fue el padre con el medio constructor hasta donde estaba. Caminaron como tres leguas entre arroyuelos, pozas, palmeras y tulares. Era el más grande y grueso que se hubiera visto por la región, según el decir de los indios de Guanassipí.

—Será de mediano porte, padre, y la balandra mejor que se haya construido en Nueva España. Dijo el capitán Guillermo Stratford:

—Así sea. Que se empiecen a echar a abajo —dijo el padre.

—No, padre —atajo el capitán y medio constructor—, toda madera que se cortare conviene que sea, cuando se acaba de caer la hoja y fruta del mismo árbol que se quiere cortar y en el principio de los días del segundo cuarto de la menguante de la luna, porque entonces están los árboles con menos humedad y mejor sazón y disposición.

—Que así se haga —dijo el padre con determinación.

Ante la confirmación que dio el medio constructor al padre Juan de Ugarte y sin poder disimular éste su alegría, volvió luego al Real de Loreto. En ella convocó a todos los soldados, indios gobernadores y padres misioneros, pidiendo se juntase cuanto acero, herramientas, herrajes, mulas, yuntas e indios cargadores hubiese en todas las misiones y dirigiéndose al padre siciliano Piccolo dijo:

—Y así suplico a Vuestra Reverencia que, de no haber traído nada la lancha San Javier de la contracosta, suba el hermano Juan Mugazabal a que se trille y se dé providencia para que 20 fanegas de maíz que tengo en San Miguel se bajen a Loreto. Y de trigo y de maíz me envíen alguna provisión, asegurando antes las raciones en las galeras del Real.

Y previniendo algún contratiempo, dijo:

—Y si el hermano Mugazabal sube y no se hubiere cogido la milpilla en San Pablo, que se levante si está seca, porque

aunque pedí al padre Nicolás Sistiaga que en mi ausencia, si sus ocupaciones le daban lugar, acudiese a San Pablo, pero no sé si lo habrá hecho, pues todo aquello está en poder de los mozos.

Dio todas las providencias necesarias y por noviembre pasó a vivir a la sierra con sus indios, una escuadra de soldados y el medio constructor y la gente necesaria para tan gran empresa. En el mismo bosquecillo se construyó un pequeño aserradero donde se sacaban con recuas la tabla-zón que le daría cuerpo a la embarcación: forros, cubierta, mástil, combes y timón.

Primero el medio constructor se hizo construir una pequeña chocita para guardar las herramientas y una cama de trabazón de cueros de vaca para dormir. Luego se hizo fabricar una mesa en donde hacer los trazos. Los padres Juan de Ugarte y Nicolás Sistiaga mandaron a sus criados e indios levantasen una enramada para ellos y un cobertizo para los caballos y mulas. Tomadas estas providencias por el gran frío que se sentía en estas latitudes se comenzó el corte en el segundo cuarto de la menguante de aquella luna.

—El timón —dijo el medio constructor— debe fabricarse de vigas de tueros de las que sean secas y muy derechas.

Le llevaron los indios y oficiales cuantas vigas le parecían apropiados, pero encontrar el tuero para el timón fue lo más difícil de la obra. Cuanto tuero de güerigo le llevaban, terminaba en la hoguera para calentarse del gran frío que hacía en la sierra de Guanassipí.

Los indios y soldados con fastidio y enojo se quejaron con el padre, diciendo que ya no buscarían más leña, de esa que el medio constructor llamaba tuero:



—Porque todo, padre, lo arroja a la hoguera para calentarse él.

El padre Ugarte con su ingenio hizo llamar al medio constructor y pidió mostrara a los indios y soldados quejosos el plano del timón. Los indios que nunca habían visto un plano tan detallado quedaron maravillados y con ese ánimo no sólo trajeron un tuero, sino dos y de los mejores. Aunque para los indios y los soldados el medio constructor siguió calentándose de tueros.

Pronto el bosquecillo de güerigos fue echado abajo y sólo quedaba en pie el güerigo más grande empezado ya a cortar.

Pasó el cuarto menguante de la luna y se inició el trabajo de labrar la quilla y sobrequilla, codaste, latas, yugo, cinta de mano y cintas devanadas.

Mientras se desbastaban los maderos se empezó en abrir camino por la barranca, para facilitar el traslado a un llanito donde se ponían los maderos que se iban labrando, primero se terminó de fabricar la quilla, que era la más grande.

Aquí empezaron todas las tentaciones, se tentó a tirarlos con bueyes, pero se desechó porque los bueyes no servían a causa de ser uno tuerto, otro flojo o desmayado y por ser todos toros y no haber más que uno manso.

—¡Ah, que a tener los mansos que tengo en San Javier, estuviera la madera abajo! Dijo el padre Ugarte al padre Sebastián Sistiaga que lo acompañaba en sus tribulaciones. Se probó a fuerza de brazos, uncidos los hombres como bueyes, entre indios y cristianos, soldados, carpinteros y padres, pero fue en vano. Luego se probó con polinos o

rodadillos. Algo adelantaron pero se desechó esta nueva tentación por falta de bastimentos para dar de comer a tantos bueyes uncidos.

Algo consternados los ánimos con tan fuertes dificultades para lo que se seguía, nos pusimos bien en los estribos y montando a caballo, con un calabrote doblado, halamos los maderos y con la ayuda de los caballos y tres yuntas de hombres por detrás ayudados de unos espeques<sup>83</sup> y hechas dos ruedecillas se echaron a rodar los palos y con ellos las demás mortificaciones. Este fue el modo con que se vencieron los demonios de la tentación, mientras nos llegaban las dos yuntas mansas que servirían de madrinas de los toros, que el padre mandó traer de San Javier Viggé, mediante una dilatada carta que envió el padre Francisco María Piccolo:

Va esta carta de mano del padre secretario Nicolás Sistiaga por quitarle a vuestra reverencia el trabajo de leer mi mala letra. Porque es preciso dar a vuestra reverencia cuenta desde la salida del Real de Loreto hasta la hora de esta carta. Llegué a San Juan de Londó y tomé las dos cabezas de ganado mayor de las 90 que iban para vuestra reverencia y dejé dos en depósito en el corral del padre Julián Mayorga, que me remitió de bastimentos con aves de corral. Salí al día siguiente con Roberto mi sirviente que mudó en el camino tres bestias, antes de que me mudara a mí la paciencia, para valirme de ella en Santa Rosalía de Mulegé con el soldado llamado Altamirano. Llegamos ese día a la Cruz, pero no la de la Crucifixión, que será la última, y de aquí pasamos a Kahelopú en donde le remití carta con un indio al padre Sebastián Sistiaga previniéndole el día en

---

<sup>83</sup> Palanca recta de madera resistente

que había de llegar a su misión de Mulegé. Aquí con algunos mozos bastimentamos la carne de las dos reses que maté y guardé la sal y pimienta para otra ocasión.

De Kahelepú llegamos a Mulegé como a las 10 de la mañana y ya esperaba el padre Sistiaga con sus indios y animales de carga y con su escolta, el soldado Altamirano, el que en otro tiempo se puso a Bartolomé de Robles en San Javier que llegando, como sabe vuestra reverencia, muertos de hambre, era todo su cuidado barrer la casa olvidado de la cocina. Al día siguiente salimos para la sierra con el padre Sistiaga, pasamos por Hiakael, a sestear a San Patricio el Viejo y a dormir cerca de Los Ángeles. Al día siguiente llegamos a la primera cañada de los palos de güerigos y se empezó el trabajo. Estamos hasta ahora trabajando. El padre Sistiaga se descalzó para tirar de un palo de güerigo, quizás por guardar los zapatos que ya están tan trabajados como los míos.

Al padre Sebastián le he dicho que si el tiempo que debía gastar su reverencia en escribir a vuestra reverencia y al hermano Mugazabal lo ha gastado en escribirme a mí esta carta, le dispenso, porque después de tan penosa jornada, no cabe una carta sobre otra tan dilatada como la que le escribo a vuestra reverencia. Sobre todo le pido a vuestra reverencia nos tenga muy presentes en sus santos sacrificios; que es obra la que tenemos entre manos de muchas dificultades, pero si Dios nos concede el que se logre será de mucha utilidad para la reducción de la California.

Si el padre Clemente Guillén hubiere llegado a purgarse estimare me le salude y al señor capitán don Esteban y a los demás del Real. Y porque no puedo escribir ahora al señor capitán ruego a V.R. le diga de mi parte que si ha acabado Fermín en San Miguel, me lo despache a la playa de Mulegé, en la canoa o por tierra, que puede ser cosa que nos im-

porte a todos, pero debe traer a los toros mansos y si hay un poquito de azogue y plomo que lo traiga para un ensaye.

Roberto me dice que se quedó allá el acero que se pesó que eran 15 libras. Estas han de venir con Fermín, que se han reventado en el corte cinco hachas y no tenemos con qué calzarlas; que pase a las galeras del Real y que se traiga un arroba de panocha, que también se quedó en el almacén pesada ya y que venga con dos pares de zapatos para el padre Sistiaga y para el dicho.

Dios me guarde a vuestra reverencia muchos años.

Hasta aquí la carta de la que conservo una copia y que nos da idea de las tribulaciones o tentaciones que se vivió en la fábrica de la balandra el triunfo de la Santa Cruz como la llamó el padre Ugarte.

Y como para todo no es remedio la palabra se acudió al vino, para remediar el cansancio del trabajo y el mucho frío de la sierra que en invierno era insoportable. El vino había llegado en dos barriles con las yuntas traídas de la Misión de San Javier, en los mismos barriles en que se bajaba vino a la misión de Loreto. El propio padre ayudaba a arrastrar las vigas con sus propias manos y como era de unas fuerzas extraordinarias y de un espíritu inquebrantable pronto estuvo toda la madera de este primer astillero camino a la playa de Mulegé.

Habiendo reconocido la segunda cañada de güerigos y esperando la llegada de la menguante tratamos de ir a reconocer la ranchería de Kaelgama, en donde años atrás había estado el padre siciliano Piccolo. Habiendo subido a caballo cuanto se pudo, nos echamos a pie para proseguir el camino a la ranchería donde decían se encontraba esperándonos el

virrey con toda su gente. El virrey era un indio principal de todos los indios de estas comarcas llamado en su lengua *Yeguí* que en castellano es nube. Pero ya en la cercanía, según los indios guías decían, lo áspero y encumbrado de la sierra, los desfiladeros peligrosos aun para los de a pie, nos hizo volver desde donde el padre Sistiaga y el capitán Guillermo o medio constructor no sólo veían el mar de la contracosta, sino el mar del estrecho y tierra firme de la otra banda.

Aquí en el filo de la cuchilla, sin agua, sin camino ni vereda, se determinó hacer lo que se hace en estos casos desesperados que es tirarse a precipitar a un arroyo, que según se reconoció después iba a dar a los llanos de Guezenopi. Hubo hombre que hallándose a salvo del peligro, con las espuelas en las manos y dejando la bestia arriba y con los compañeros, sin saber el último paradero del arroyo, por no volver las espaldas al camino, tenía ya en su ánimo deliberado el ganar camino. Pero quiso Dios que topando derecho pasaran las bestias sin riesgo, y todos nosotros salimos en breve a dar al camino que es un arroyo. En lugar de lamentos y contricciones, celebramos mucho estar juntos, después de haber encontrado un gran paraje, donde antes, dijeron, nos había aguardado el virrey con su gente, que sabiendo que íbamos a Kealgama, pasó a esta ranchería. Aquí venimos a hacer noche. Después de no haber comido a mediodía, cenamos un mezcal con un poco de pinole que traían los indios de viáticos, porque veníamos ya sin bastimentos.

Al romper el alba tiramos para la ranchería de Kealgama a reconocer el bosquecillo de güerigos, en caso de que faltase alguna tablazón:

—¡Qué poca tablazón vendrá a faltar! Que todos los maderos de cuenta quedaron labrados antes de salir nosotros del astillero. Dijo el medio constructor.

—No está por demás prevenir, dijo el padre Ugarte.

Tomamos por el camino del arroyo para aventurar coger algún venado, porque teníamos noticias de los indios que había un aguaje, arroyo abajo, donde abundaba el venado. Salimos por delante indios de a pie y yo, como único soldado que los acompañaba. Ellos con arco y flecha y yo con mi arcabuz. En llegando al aguaje dicho, no encontramos venado alguno, aunque encontramos mucho rastro de ellos. Quiso la providencia que sesteando divisara unas auras volando en el cielo, a poca distancia del aguaje. Los indios fueron del sentir de que había algo muerto, ¡hay que tomar estas corazonadas como venidas del cielo! Envié a registrar a los indios, mientras esperaba la llegada del padre provincial Juan de Ugarte y comitiva. Regresaron cargando un venado que había muerto en las garras de un león, diciendo que era buena comida. Aunque el hedor llegó hasta los que venían atrás, en llegando preguntaron, haciendo irrisión:

—¿Juanito, aquello hediondo habremos de comer?

Los indios flecheros volvieron a decir que era buena comida y yo los secundé.

El padre Juan de Ugarte, previniendo un mal paso, si no encontrásemos más adelante con qué apagar el hambre, ordenó se echara sobre la bestia que traía ya sólo las fresadas y que partiéramos de inmediato, diciendo:

—Después de Dios, la olla.

El hambre que doma a cualquier caballero y penitente, nos hizo doblegar la valentía y olvidando la irrisión, nos llevó a lavar la carne hedionda y ponerla en un asador. Para

divertir el olfato, como no había polvos, que se habían acabado en la jornada, usamos del orégano que un indio cortó cerca del aguaje. Le aseguro a su excelencia que no hay mejor condimento que la propia hambre. Porque potaje comido con tanto aplauso jamás se habrá comido en el mundo, aunque unos nos reímos de los otros; no quedó nada del venado. Llegamos a la Misión de Santa Rosalía de Mulegé, se tomó alguna refección y descanso para tomar fuerzas, porque el padre Juan de Ugarte estaba decidido a no salir de ahí hasta que estuviera la quilla puesta y todos los maderos en la playa de Mulegé.

—Porque si el barco corresponde a la quilla y latas labradas y demás maderos, no habremos tenido cosa semejante en Californias, dijo al capitán Guillermo.

Como la madera de los güeribos sólo servía para los forros, cubiertas y timón de la embarcación y en los planes que hay entre la playa y las serranía abundaban bosquecillos de mezquitales, especialmente en las serranías de Loreto y San Juan de Londó, mandó el padre Juan de Ugarte a sus indios que cortaran de los mejores mezquitales que se hallaran para sacar de ellos las cuadernas, las curvas y toda aquella madera que forma la armazón del barco que debía ser fuerte y de curvatura.

Por fin un año después de iniciado los trabajos en el aserradero y llevado la madera al astillero de Santa Rosalía de Mulegé el 14 de septiembre de 1719<sup>81</sup> se botó la balandra que con sus propias manos hiciera el padre Juan de Ugarte, llamándola El Triunfo de la Santa Cruz. Haciendo

---

<sup>81</sup> Miguel del Barco señala que la balandra se construyó en la Bahía de Mulegé. La importancia de este hecho es que fue este lugar el primer astillero que tuvo la California. *Op cit*

su primera navegación de cuarenta leguas al sur desde la Bahía de Mulegé para dar fondo en la ensenada de San Dionisio, que es donde se encontraba el presidio de Loreto. Y se destinó su primer viaje para la pacificación y reducción de la nación guaycura en el Puerto de La Paz.



## ***En busca de sitios hacia el sur para fundar presidios y nuevas misiones***

La segunda entrada no fue menos infructuosa. El día 3 de marzo de 1719,<sup>85</sup> salimos del Real Presidio de Nuestra Señora de Loreto al descubrimiento por tierra de la gran Bahía de Santa María de Magdalena con dos escuadras: una de 12 soldados y otra de 15 indios de arco y flechas, y dos intérpretes de la lengua guaycura. Al mando del padre Clemente Guillén y del capitán de Mar y Guerra don Esteban Rodríguez Lorenzo.

El primer día de camino se hizo a la ranchería de Nuatrig distante del real dos leguas, donde se juntó lo restante de la caballada del Presidio. Por la noche, como se observó en todo el viaje, por el padre Clemente Guillén se rezó el rosario de Nuestra Señora y se dijeron las letanías lauretanas.

Salimos todos de Nuatrig. Subiendo con las recuas y las caballadas la pesada cuesta de Chuenqui, se nos cayeron tres mulas cargadas; más por fortuna no fue en los desfileros que llevaban a la mar, si no se hubieran ahogado y perdido la carga con todo y su bastimento. En llegando a la Misión de San Juan Malibat, después de caminar cinco leguas, nos salió a recibir el padre con sus indios, regalándonos con abundante comida. En ella se dio una misa por el bien de la empresa.

---

<sup>85</sup> Expedición a la nación guaycura en California y descubrimiento por tierra de la Gran Bahía de Santa María de Magdalena en el mar Pacífico por el señor capitán don Esteban Rodríguez Lorenzo su primer[?] conquistador. (copia) Archivo Franciscano Provincias internacionales (California)-Fegap. 17145. año 1719. Microfilm M.S. en 16 folios. En Biblioteca Nacional de Antropología e Historia. Paleografía por el autor.

Al día siguiente al romper el alba salimos de San Juan Malibat y montadas la sierra de Santa Úrsula hicimos alto en los planos cerca del promontorio de San Nicolás, donde buscamos un buen paraje para levantar brevemente nuestro Real y remudar nuestra caballada.

Llegamos al arroyo de Santa Cruz Udare. Tenía este arroyo buenas tierras, alguna agua, carrizal y sauzales. Aquí hallamos algunos guaycuros de la ranchería de Cunupaqui, patria de uno de los intérpretes, y les pedimos concurriesen con su gente a San Juan de Dios Cuatiquié para bautizar a sus párvulos. Salimos de aquí contentos del buen recibimiento de los indios y esperando que concurrieran con sus párvulos al pueblo de San Juan de Dios para celebrar al patrono con las solemnidades de la Santa Misa. Aquí hizo el padre muchos bautismos de los párvulos de ésta y de la ranchería de Cunupaqui, que vino al llamado. Esta noche, después de rezado el Rosario de Nuestra Señora y dichas las letanías lauretananas, se cantó el alabado y cuadró tanto el tono a los indios de este país que dejando su ranchería rodearon como 30 hombres nuestro Real. Acabado el canto se tomaron muy gustosos a sus posadas.

Lo restante del día lo empleamos en componer un mal paso a la otra banda del arroyo y en registrar por la caja arriba, agua y tierras. Habiéndose trabajado mucho nuestra gente en derribar palos y cardones para franquear paso a las cargas. De aquí fuimos a Santo Tomás Anyaichiri, que estaba en el mismo arroyo de San Juan de Dios. La gente de esta ranchería, que estaba arroyo abajo, luego que supo de nuestra presencia, vinieron a vernos, y se mostraron muy amigos. Esta noche recogida ya nuestra gente y velando los centinelas en sus puestos comenzó un indio, en la ranchería que estaba cerca, a hacer un razonamiento

con grande energía y movimiento de arco y flechas que gobernaba al compás de su voz. El argumento de su parlamento fue que tenía mucho miedo de la gente del sur para donde nosotros íbamos y temía que fuéramos a tierras enemigas. Al acabar el orador su asunto, soltó toda la ranchería un gran alarido y luego nos dejaron descansar.

Nos fue necesario marchar prevenidos y en buen orden por haberse visto cerca del mar más de doscientos guaycurros, nación enemiga desde la expedición del almirante Atondo. Para asegurarnos de guías regalábamos bien con tabaco, cuchillos, frezadas, sayal y otras cosas. Así pasamos varias rancherías donde nos recibieron muy bien hasta que en la ranchería de Gurecaná nos enseñaron los indios a poner más cuidado de lo que hasta allí se había tenido con las alhajas: porque no bastando los platos para darles la comida, se repartió a algunos en unas tembladeras<sup>84</sup> de plata del capitán y cuadrándoles el género, por descuido de nuestros indiecillos criados en recogerlas, ocultaron una que, aunque fue bien buscada, pero por mejor escondida no apareció.

Por la tarde salieron los soldados exploradores con los indios guías, llegaron a San Andrés *Tiguana*. Tornaron la vuelta informando que el camino estaba como los antecedentes: bien cerrado por los muchos montes, y que habían escogido buen paraje cerca de la ranchería para levantar el Real. Al siguiente día, al romper el alba y después de caminar tres leguas, llegamos al paraje dicho, habiéndose trabajado mucho en despejar la senda, correspondiéndonos ellos en pruebas de amistad, con unas plumas y dándonos buen informe de los caminos y parajes siguientes

---

<sup>84</sup> Vasija ancha de figura redonda, hecha de una capa muy delgada de plata, con asas a los lados y un pequeño asiento

para donde prometieron, algunos, nos acompañarían; a más de eso, enviaron mensajeros a las rancherías inmediatas para avisar de nuestra ida como se lo pedimos. De aquí pasamos a San Borja Cutoigue, guiándonos los indios de Tiguana. El camino fue semejante a los que habíamos pasado.

Informados por nuestros ayudantes de San Andrés *Tiguana* de la distancia, camino, agua y pasto de las rancherías siguientes y guiándonos ellos, llegamos a San Cosme *Codauraqui*, y hallamos esta gente muy mansa y con la turba de mujeres, muchachos y muchachas, que recibiendo de paz, se dejaban ver. Los regalamos con frezadas, cuchillos, sayal, cacles y comida y retorno su cacique con una visera o corona en muestra de amistad.

Salimos de aquí, guiándonos los naturales de *Codauraqui*; para la ranchería de San Damián *Chirigaqui*: nos acompañaban también algunos de Tiguana: de unos y otros nos informamos bien de lo conveniente. A las tres leguas de camino recibieron estos guaycuros de un indio de su nación un mensaje de *Chirigaqui* y luego se adelantaron todos corriendo a pendón herido, como si estuvieran en peligro sus tierras de caer en manos de los enemigos. Excepto uno que hablando al Capitán le pidió fuesen a reconocer el paraje, donde hubiésemos de hacer alto.

—Ya vamos a verlo todos —le respondió el capitán.

—¿Por qué no se quieren adelantar algunos de ustedes? —preguntó el indio y añadió señalando a un soldado— que vaya aquel soldado a registrar el sitio de *Chirigaqui*.

Se le respondió que ese hombre iba cortando palos, y los demás atendiendo a las cargas, y caballos o en el mis-

mo empleo de los palos. Oído esto, levantó carrera como los demás. Nuestra gente que iba siempre bien ordenada y a punto de defensa, no tuvo que disponerla el Capitán ni su cabo don Francisco Cortés, sólo mandó a tres hombres de la vanguardia que no se alargasen mucho, sino que siempre estuviesen a una vista de nuestro corto ejército, y que en todo momento explorasen el terreno cautelando emboscadas. Nuestra corta tropa se hizo uno a la voz del capitán. Descolgamos con buen orden a *Chirigaquí* por una loma desde donde se divisó debajo de unos árboles la gandulada de indios, estaban en pie sin arcos ni flechas, más todo lo tenían en los matorrales cercanos, recelando ataque. Pasamos a su vista y en el sitio escogido para paraje hicimos alto, que ya estaba limpio de matorrales. No pudimos conocer el fin con que se adelantaron aquellos indios. Nos pareció, cuando llegamos, no haber sido malo; porque no tenían lejos a sus mujeres e hijos, quienes luego que paramos, se pusieron a una vista: no obstante, intimó el capitán a los soldados exploradores que revisaran los montes y carrizales inmediatos, así para proveer de pasto a las bestias, como para asegurarnos, si a más de los gandules, que se nos hacían presentes, hubiese otros: se pasó el día sin zozobra, aunque siempre recelando emboscada y con un gran cuidado. Viniendo a las pláticas con los indios nos informamos de las rancherías inmediatas, sus caminos, pastos, agujajes, y los demás que convenía. Según su informe convino con nosotros en que nos acompañarían y guiarían a la Encarnación, ranchería de *Aniritugue*, para donde nos indicaba ir el camino por una loma que teníamos al otro bordo del arroyo. Fue reconocida esta senda de nuestra gente, y hayamos ser a nuestro rumbo. Regalamos a los indios con ropa, cuchillos, cacles y comida.

Por la noche la caballada dio por dos veces estampida que, horrorizada con la vista de algún tigre o león o por

otra causa, se reparó la primera con brevedad, mas en la segunda hizo tal fuga y tanto estruendo que, por el silencio, se dejó oír en el Real y en la ranchería de los naturales, no obstante de estar lejos, y tuvieron tal denuedo, que vinieron a nuestro Real dos guaycuras armados de arco y flechas para informarse de aquel espantoso y repentino estrépito nunca de ellos oído ni imaginado. Se les explicó, para quitarles el recelo, de dónde procedía aquel tropel de ruidos y la causa de espantarse las bestias: satisfechos por la explicación, que dio el capitán en voz de uno de los intérpretes, se tornaron a su rancho, que estaba entre los montes, porque ni divisaban por allí la caballada, que corría ya lejos, ni nos veían inquietos en el Real.

Nos detuvimos en San Damián Chirigaqui para que descansase algo la caballada que con las estampidas de la noche había corrido mucho y pasteado poco: se lastimaron algunas bestias, mayormente una que se halló por la mañana picada de víbora, la que con la probadísima habi-lla de Guatemala, se puso fuera de riesgo.

Después de varios días de camino, guiando los de Chirigaqui, a poco andar reconocimos nos llevaban con dolo; porque dejado el sendero al sur que según su antecedente informe, debíamos seguir para llegar a Aniritugue se dirigían por otro, al oriente: les habló el capitán para que cogiesen la senda de Aniritugue e hízoles cargo de su informe y de lo convenido días antes. Respondieron ellos que por donde ahora guiaban estaba Aniritague, sin hacerse cargo de ser esto muy opuesto a lo que antes nos habían dicho: reconociendo el capitán que de apartarnos por el sendero dicho, perderíamos la amistad, y las guías; y de seguir esperaba la confirmación de nuestras amistades, asegurando la noticia de los caminos, y los aguajes que caían al sur. Disimuló los embustes, fiando en el va-

lor y experiencia de sus escuadras que estaban dispuestas para cualquier asedio. Aun así, tomó sus providencias mandando a la vanguardia que siguiere a los indios por donde ahora guiaban; que miráramos ser arroyos arriba por sus vegas, con lo que había recelo de que faltase agua y pastos, ni se temían emboscadas por haberse reconocidos despejado el terreno; caminamos pues, con buen oriente y siguiendo nuestra senda por un bordo del arroyo divisó la vanguardia un gran número de indios que estaban en una isleta dentro de la misma caja del arroyo. Se hallaban todos sentados de montón bajo los árboles y en el bordo opuesto a nuestra senda todo el mujerío, en muy buen sitio, por estar alto, y acantilado. Desde una y otra parte vieron, hombres y mujeres, la buena disposición de nuestras tropas: advertían preceder la vanguardia de españoles que mandaban a muy buenos brutos; miraban seguirles un escuadrón de indios amigos adornados con sus aljabas que llevaban, mas por la provisión de flechas que por la curiosidad de sus pinturas; admiraban en el centro nuestro carruaje guarnecido de españoles, y cerrado con gran escuadra de los indios amigos. Se espantaron viendo en la retaguardia la caballada de remuda acordonada con presidio español: agradable espectáculo, para los que ni pintada habían visto representación semejante, sino es que mirado con temor lo que intentaron (si fue ese el fin de sus mentiras) ver con recreo, les embargó la buena discreción del conocimiento y el pretendido júbilo natural. Mientras ellos se admiraban pasamos el bordo del arroyo y ocupado un sitio cómodo y bien empastado, hicimos alto no muy lejos de los guaycuros. Aquí se descargó la recua y con la misma carga formamos brevemente un corto recinto. Intimó luego el capitán a unos de nuestros soldados que remudando en escogidas bestias, fuesen al cargo de su cabo don Francisco Cortés de Monroy, la vía del sur, a explorar el inmediato país. Salieron guiados de dos indios,

uno de Codaraqui y otro de Chirigaqui, quienes obligados de los dones que les dimos nos habían prometido en sus rancherías acompañarnos en nuestra expedición y que nos enseñarían los caminos y aguajes que ellos conocían. Aunque en la mañana nos faltaron a su palabra, se aventuraba poco en probarlos con otro examen: a más que si no guiasen al sur llevaba el cabo don Francisco orden de no seguir sus direcciones, sino gobernar su gente a dicho rumbo. Se pasó mientras tanto el medio día y prevenidos unos regalos, mandó el capitán a los intérpretes que por medio de los indios de Codaraqui y Chirigaqui llamasen toda aquella gente hombres y mujeres, habiendo ordenado antes a unos soldados que asistiesen a caballo con especie de cuidar con los del turno las demás bestias. Vinieron como cien gandules de arco y flechas, que poniéndolos en los arbolillos cercanos llegaron pacíficos e inermes a nuestro Real. Entre ellos venían como veinte mujeres entre grandes y chicos, quedándose el mayor número en sus ranchos. Se les significó el gozo que tuvimos habiendo visto de ellos y a los demás que estaban en sus rancherías que deseábamos hacerlos amigos, como habíamos ejecutado con los de su nación, por donde habíamos pasado, verdad de que allí tenían buenos testigos, en los que de Codaraqui y Chirigaqui nos acompañaban, y que para el efecto de establecer nuestras amistades traíamos aquellos regalos que miraban: frazadas, sayal, cuchillos, tabaco y cacles, para que nos dijese cuántas rancherías estaban allí juntas, para distribuir, distintamente, de nuestros dones a cada una. A esto último, respondió un anciano en voz tan baja que apenas era oído de los intérpretes, hablaba como que no quería publicar sus mentiras, dijo:

—Toda está gente es de una sola ranchería y añadió aquí es *Aniritugue*.



Nada le creímos, y porque desesperamos oírle verdad, acabamos la plática, regalándolos con lo que les habíamos mostrado, y les dimos algo de comer que alcanzase para todos. Pocos comían, lo más se recelaban de la comida, aunque nos veían comerla, todos apacentaban su ánimo mirando y admirando cuanto había en el Real. En lo que más iban y venían era en espantarse de las mulas y caballos que sobre si llevaban tanta carga. Después, hablando nosotros separadamente a unos indios mozos, nos dijeron, sin diferencia, que era la ranchería de Cuédene aquella donde estábamos y que allí había juntas siete rancherías. No se pudo conocer el fin con que se juntaron, y nos llevaron con tantas mentiras. Lo que discurrimos fue para retraernos de hacerles daño, si lo intentásemos, viendo la multitud, que a su defensa ocurría, o por las previas noticias, que tuvieron de las extranjeras tropas, quisieron divertirse con nuestra entrada en Cuédene, lo que linsojeando nuestro gusto, hubieran conseguido más limpiamente al habernos insinuado con la verdad desnuda su deseo. Entre tanto, los dos indios que guiaban al cabo dejándole en un aguaje distante al sur de San Gabriel Cuédene como una legua, sin querer pasar adelante, o medrosos, o solícitos de lo que pasaría con su gente, se restituyeron a Cuédene. Prosiguiendo su expedición los exploradores llegaron a San Joseph Adague y habiendo hallado agua corriente, buenos pastos y camino, tornaron para Cuédene a donde llegaron cerca de la noche. La noche se pasó sin novedad en nuestro Real.

Celebrada la santa misa que se ofreció a nuestro gran Dios para que su S.M. se sirva de traer a esta pobre gente al gremio de nuestra Santa Iglesia, salimos para San Joseph Adague, acompañándonos como veinte gandules de esta junta de Cuédene. Pasamos en el camino cinco arroyuelos todos con agua, aunque poca. Luego que llegamos y fue

bien tarde, mandó el capitán a los soldados fuesen a explorar hacia el sudoeste, para donde corría la caja del arroyo, el terreno que permitiese el tiempo para volver antes de la noche; guiándoles dos de los que nos acompañaban desde Cuédene, estos luego que pusieron a los exploradores en una senda, sin obligarlos los regalos de que fueron prevenidos se excusaron de proseguir y tomaron otro camino. Procuramos informarnos de los guaycuros que aquí había de las rancherías que poblaban arroyo abajo, nos nombraron 21. En las pláticas que con ellos tuvimos nos dijeron claras mentiras, no obstante los regalamos y dimos de comer. A poco rato tomaron sus armas y se apartaron de tres en tres y de dos en dos, haciendo como que iban hacia el agua; más con toda la intención de desampararnos, como de hecho lo ejecutaron. La causa de dejarnos, a más del temor mal fundado que tenían a nuestra gente, fue porque nos vieron determinados a seguir el arroyo abajo en prosecución de nuestro viaje, y temían a sus vecinos de Santa María *Tacanopáre* quienes hacía pocos días habían matado a un guaycura, como después supimos de los mismos *tacnopáres*. Y resolvió el capitán proseguir la entrada hacia el sudeste; porque viniendo de Cuédene para Acagué, desde la cumbre de una sierra interpuesta en el medio, avistamos a ese rumbo las montañas de la famosa Bahía de Magdalena, fáciles de conocerse por la notable individual figura con que las describe toda cosmografía. Entrada ya la noche volvieron nuestros exploradores habiendo hallado un paraje que llamamos San Juachim, aquí no hallamos indios, aunque es lugar de ranchería. Vimos en el camino varios cercados de ramas y espigas que hacían los naturales para cazar liebres y conejos, de que había abundancia en este país. Luego que llegamos despachó el capitán a unos soldados que explorasen hasta nuestro rumbo. Llegaron a Santa Ana del Espanto. Tampoco hallamos gente aquí. Vimos en el camino varios sitios de rancherías, en

uno de ellos arcos ensangrentados y quebrados y señal de haber arrastrado un cuerpo humano. Luego que llegamos mandó el señor capitán a unos soldados que fuesen a registrar hasta cinco leguas a nuestro rumbo. Llegaron a Santa Isabel *Tepateigua* que está en una isleta dentro de la caja del arroyo con buenas sombras y bastante pasto. Esta noche haciendo de centinela de la caballada el soldado Ignacio de Acebedo, vio un fantasma sobre un arbolillo y asevera que, aunque espeluzado y medroso, se acercó a reconocer lo que fuese: dice pues, que al llegar al árbol se les desvaneció aquella figura.

Fuimos a Santa Isabel *Tepateigua* y nos fue muy pesado el camino por los arenales del arroyo. Luego que llegamos despachó el señor capitán a unos soldados para que explorasen al rumbo hasta cinco o seis leguas. Llegaron a San Benito Aríu donde hallaron unos indios tan divertidos en coger ratas para comer, que aunque no era poco el tropel de las bestias no sintieron a los exploradores, hasta que estando ellos como a diez pasos se echaron a correr gritando unos y otros tocando pitos para convocar su gente, más a las voces del intérprete, oyendo su idioma se pararon, pero diciendo que querían pelear respondiéndoles que no veníamos a eso, sino a hacerlos amigos y regalarlos: Les dimos razón de los que quedaban en *Tepateigua*, y que el día siguiente iríamos todos a su ranchería, que nos esperasen sin recelo como amigos: prometieron ellos que esperarían y les regalamos con unas navajas, bizcochos y otras cosillas, retornando ellos con plumas y pieles de venado. Entrada ya la noche tornamos al Real, informando de lo sucedido.

Llegamos a San Benito *Aríu* e hicimos alto distantes algún trecho de la ranchería por haber reconocido no haber pasto donde estaban los indios y haber algo aunque

escasamente en este sitio. Mandó el señor capitán que fuésemos a explorar hacia la bahía que supusimos ya estar cerca, lo que permitiese el tiempo en volver antes de la noche, guiaban los amigos de *Aríu*, que prometieron acompañarnos hasta el mar: caminaron algo los guías por el arroyo abajo, y dejándole luego tomaron otra senda, pusieron a los exploradores en un estero. Díjoles el intérprete que guiasen para la bahía mas no quisieron, solo señalaron al noreste. Ellos se volvieron para *Aríu* y nosotros no pudiendo bajar orillados al estero, por los manglares que son muy tupidos, proseguimos para donde nos señalaron los de *Aríu* y dimos con otro estero, que no permitió bajar para la bahía por estar como el primero muy embrazado con espesos manglares.

Exploramos al sur y norte de la playa, encontrado a nuestro paso varias rancherías de pescadores sobre la costa, y una gran bahía, pero enteramente falta de agua. La necesidad que padecíamos de ella era tal, que ni las bestias, ni los hombres la gustaron, y hubiera sido lo mismo al día siguiente, si después de la misa y letanías que hacíamos implorando devotamente la intercesión de la Virgen inmaculada, no se hubiese descubierto un aguaje en aquellos mismos lugares en que el día antes se había buscado tan ansiosa e inútilmente: reconocimos todos la piadosa providencia del Señor por la intercesión de su bendita Madre, y perdida toda esperanza de hallar lo que buscamos por aquel rumbo, tornamos al Real de Loreto a los fines del año.

Estaba el padre visitador Juan de Ugarte muy ocupado en la empresa de los nuevos descubrimientos con el capitán de Mar y Guerra don Esteban Rodríguez Lorenzo y el padre Clemente Guillén, mientras el padre Jaime Bravo estaba en México haciendo los últimos preparativos para

trasladar las limosnas y pasar a la Bahía de Huatulco para traer el barco que ahí esperaba para el establecimiento del Presidio y Misión en el Puerto de La Paz.

Las misiones ya establecidas apoyaron a la nueva misión, como se había hecho con las otras, con bastimentos de maíz y trigo, así como vacas, ovejas, cabras, mulas, puercos, caballos y yeguas. Cada una según podía sin perjuicio de su misión. Unos apoyaron más, otros menos; unos de una especie de ganado, otras de otro y otros nada, porque nada podían enviar. En cuanto a la carne, cualquiera conocerá su necesidad en la formación de nuevos pueblos, en donde es necesario que el padre misionero busque y provea de cuantos forman el pueblo. No sólo se gastaba la carne en la manutención del padre, de su escolta y sirvientes, sino que también participaban de ellos los indios hijos de la misión, que para ellos es buen regalo la carne y mayor si es salada y seca.

Para la fundación de nuevas misiones se usaba reconocer la gente y la tierra para prever qué parajes eran los más apropiados para las dichas misiones. El práctico de estos parajes y costas era yo, porque de esta suerte se procedía con más conocimiento y se podían tomar mejores medidas para establecerlas.

El padre Clemente Guillén recibió la orden de penetrar por tierra hasta el Puerto de La Paz, saliendo de su misión de Liguí o Malibat, distante de Loreto nueve leguas al sur, con tres soldados y quince indios flecheros. Su encargo era establecer comunicación por tierra entre Loreto y el Puerto de La Paz y amistar las rancherías de la medianía. Su salida debía hacerse pasado unos días de nuestra partida por mar en la balandra el Triunfo de la Santa Cruz. Los soldados saldrían en una canoa y se apartarían de no-

sotros en cuanto diéramos fondo en la isla de San Joseph para buscar a los pericúes. Porque habían sido castigados poco ha por sus excesos con los de tierra firme y con los buzos. Era menester amistarlos, porque sin ello no se podría socorrer con facilidad a la misión que se fundase en el Puerto de La Paz teniéndolos como enemigos. En su regreso de México el padre Jaime Bravo, con esta pretensión, había pasado tres meses antes dejando regalitos y otras baladíes. El padre Juan de Ugarte determinó pasar a amistarlos y para eso fuimos sin soldados, porque pudiera ser mal visto, si nos vieran con gente de armas. No por eso se dejó de llevar las armas correspondientes a los hombres de mar que iban, para que en caso de alguna defensa se valiesen de ellas. Pues, quienes acabaron con mi tripulación matando a catorce buzos, dos contramaestres, un capitán y un despensero, más fácilmente acabarían con cuatro o seis indios que se enviasen en una canoa.